

EL LAICADO TRINITARIO EN LA IGLESIA DEL SIGLO XXI

PRESENTACIÓN

Esta presentación quiere ser una explicación. El folleto que tienes delante, benévolo lector, ha nacido al margen de una intención original. Quiero decir que sus páginas no fueron escritas con idea de compilarlas luego en un volumen. Fueron concebidas como páginas sueltas, notas al vuelo que fueron apareciendo, durante varios años, en esa simpática *Hoja Informativa* que tiene el laicado trinitario y que dirige la señorita Jule Urrutia, Presidenta del Consejo Internacional del laicado trinitario.

Mi responsabilidad de asistente religioso del citado Consejo durante los últimos años me indujo a escribir estas sencillas reflexiones. En ellas he intentado abocetar los perfiles claves del seglar trinitario en la Iglesia del s.XXI. Los laicos trinitarios tienen ya, desde hace más de una docena de años, un *Proyecto de Vida*, una especie de *Constitución*, renovada y actualizada que, tras una experiencia, ha sido aprobada por la Santa Sede. Estas páginas intentan presentar y concretar también esta *Constitución*. Uso un estilo directo, familiar, casi epistolar. No he dudado tampoco en repetir algunos conceptos que considero nucleares en la identidad del laico trinitario. Eso sí, desde perspectivas diferentes. He intentado mostrar que todos los caminos parten de la *plaza* común. Y, al final, desembocan en la misma meta.

Cuando se me ha solicitado el permiso para publicar estas *páginas sueltas* en un volumen, he dudado antes de responder sí. La razón es obvia: un libro, un folleto, se concibe primero en la mente con una unidad, un desarrollo lógico; estas páginas, en cambio, nacieron autónomas, en contacto, eso sí, con la vida, con los acontecimientos, cogiendo a vuelo preguntas en el aire. Ante la insistencia, sin embargo, opté por acceder pensando sólo en el servicio a mis queridos laicos. No he tocado para nada el contenido de las páginas publicadas; únicamente he ordenado un poco los temas en cinco grandes epígrafes para su más fácil lectura.

Lo demás es obra de Jule, de su laboriosidad admirable, de su amor al laicado, que aquí debo y quiero agradecer de corazón.

Vaya mi más cordial saludo a todos y a cada uno de los queridos laicos/as trinitarios/as.

Ignacio Vizcargüénaga

1 ANTE EL DIOS DE JESÚS

QUIÉN ES EL LAICO TRINITARIO

Voy a empezar con una pregunta. ¿Cómo se va haciendo consciente y configurando una vocación cristiana determinada en la Iglesia? Estamos ante un proceso en el que podemos contemplar estos pasos:

1.-Un *bautizado* empieza a entender gradualmente los compromisos que arrancan de su bautismo: compromisos personales, sociales, eclesiales. Suele ser para muchos muy fecundo el período en que se preparan para la Confirmación.

2.-En esta maduración de su *identidad* humano-cristiana el Espíritu Santo va mostrando al cristiano la historia del momento como un *reto*. Por un lado aspiraciones de paz, de justicia, de solidaridad, de fraternidad, de libertad y, por otro, gruesas cadenas de egoísmo, de violencia, de opresión. La voz de Dios le llega al bautizado desde el fondo de esa historia real como una *convocatoria* como una invitación.

3.-En el cruce de estos retos y estas llamadas el bautizado va descubriendo cada vez mejor su identidad bautismal: Su opción por Jesús y la tarea del Reino. Él se ha comprometido a trabajar para que este nuestro mundo de enfrentamientos y desamor se vaya trocando en *Reino de Dios*, es decir, en un hogar de hermanos, en una casa que acoja a todos los hombres, en una Mesa en la que se sienten todos sin exclusión de nadie en torno al Hermano mayor, Jesús, en espera que todo ello llegue a ser realidad plena y definitiva en el Hogar del Padre.

4.-Es más, el bautizado contempla la Asamblea inmensa de los seguidores de Jesús, de la *Iglesia de Jesús* compartiendo bajo la guía del Espíritu esta *Misión* de Cristo de mil modos diferentes: Como laicos, como religiosos, como sacerdotes, como casados, como célibes, en tareas y profesiones múltiples. La vocación cristiana encarna en la historia en formas muy variadas según el Espíritu sugiere a cada uno. Cada grupo vocacional subraya en la Iglesia y *acentúa especialmente* algunos aspectos de la riqueza inabarcable de Jesús. Todas las vocaciones de la Iglesia expresan juntas el Cristo total, su espiritualidad, su misión, su evangelio. Por eso son vocaciones complementarias, no se excluyen, sino se reclaman. Y, como es obvio, todas tienen también como meta la santidad.

5.-Pues bien, entre esas innumerables vocaciones cada cristiano va descubriendo su *puesto* en la Iglesia, su vocación, su identidad personal, en diálogo con el Espíritu y el oído atento a los gritos que llegan de la vida, de la historia. Su vocación será su *puesto*, su modo peculiar de ser cristiano, seguidor de Jesús.

6.-El laico trinitario será, pues, el que en este proceso de maduración de su identidad ha descubierto que Dios le llama a vivir en la Iglesia y sociedad actual el *Proyecto Trinitario Liberador* que, inspirado por el Espíritu Santo, inauguró en la Iglesia, para bien de los cautivos y oprimidos en general, S. Juan de Mata, el padre de la familia trinitaria. Un proyecto que hoy lo viven unos como religiosos, otros como religiosas- de vida contemplativa y activa - y otros como laicos o seglares.

En números siguientes iremos explicando este Proyecto.

CRISTIANO, LAICO, TRINITARIO

Por este orden. Los tres términos constituyen vuestro carnet de identidad. Voy a intentar explicaroslo.

En la historia bimilenaria del cristianismo se han dado diversas concepciones de Iglesia y ello ha repercutido en la *visión* del laicado en ella. Con providencial mirada el

Vaticano II ha desarrollado la idea de Iglesia como *Pueblo de Dios*, cuyo sacramento fundante es el bautismo, común a todos. En esta visión no hay *periferias* en la Iglesia; los laicos, al igual que los presbíteros y los religiosos/as, están en el centro de la Iglesia. Hay una igualdad fundamental, que florece en el bautismo, dentro de una variedad de vocaciones, de carismas y de dones, interrelacionados y complementarios todos.

Ha habido periodos en la Iglesia en los que la senda de la santidad estaba reservada particularmente a los religiosos y sacerdotes. En esa situación los laicos o seglares que ansiaban recorrer esa vía buscaban la vecindad de los religiosos para colmar su sed de santidad. De este modo la espiritualidad de los laicos estaba excesivamente influenciada por la de los religiosos.

Hoy, gracias a Dios, ya no es -no debe ser- así. El Vaticano II ha proclamado muy alto la llamada universal a la santidad; esta llamada brota del bautismo. La santidad en la Iglesia, por tanto, aun teniendo algunos ingredientes fundamentales comunes, ofrece a la vez colores, modulaciones, matices diferentes en su encarnación. Lo fundamental se vive muy diversificado bajo el impulso del divino Artista que modela tantas imágenes de Cristo como personas.

Sucede lo propio con la Misión. Toda la Iglesia tiene una *Misión* única y común, pero cada uno -seglar, sacerdote o religioso- la realiza desde su singular vocación.

Y es aquí donde surge la identidad del laico trinitario. Él es, ante todo, un *cristiano*, un hombre comprometido con Jesús y con su proyecto del Reino, como todos los bautizados. Él es, además, un cristiano *laico*, seglar, tiene su propia llamada en la Iglesia en cuanto laico, "*buscar el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios*" (L.G.31). El diálogo de la Iglesia con el mundo se ha de realizar de modo especial por medio del laicado. Incumbe a los laicos particularmente la presencia evangelizadora en el matrimonio y la familia, en los ámbitos profesionales, en el mundo del trabajo, de la cultura, economía, política,...

Y él es también y esencialmente, cuando es llamado, *trinitario*: ése es el modo que él tiene de ser cristiano, de desarrollar su bautismo, de vivir su fe, desplegando el don que el Señor le ha ofrecido gratuitamente a él y que, por medio de él, ofrece a su Iglesia, a saber: el Carisma trinitario, el *anuncio* del Dios de Jesús, Padre, Hijo y Espíritu Santo, la *proclamación* de la dignidad inviolable de todo ser humano y el *compromiso* diario por la liberación de toda persona maltratada en su dignidad, en sus derechos fundamentales, persiguiendo para todos el objetivo de la libertad y de la comunión con Dios y con los demás hombres.

Y esto, ya sea individualmente en su compromiso diario, ya en forma *asociada*, como fraternidad trinitaria, con la que comparte su compromiso.

Siempre en comunión plena, en complementariedad y colaboración con todos los carismas de la Iglesia local y, muy particularmente, con todos los grupos de la Familia trinitaria que comparten idéntico carisma en vocaciones diferentes.

PRIMERO, CRISTIANO Y LAICO

1.- Cuando hablamos de laicado trinitario corremos, a veces, el riesgo de pasar demasiado rápidamente por los términos *cristiano* y *laico*. Y ello desnaturalizaría todo el discurso. Porque lo primero es el hecho *cristiano*, es decir, el hombre o la mujer que se ha encontrado con Cristo resucitado y vivo y comienza a ser su *testigo*. Es el encuentro de la fe y del bautismo. A partir de este hecho y la consiguiente *unción del Espíritu* el hombre y la mujer son *cristianos*, miembros de una Comunidad, la Iglesia, con la responsabilidad del anuncio misionero y evangelizador. Ésta es la dimensión básica del creyente cristiano, común a todos los bautizados. Luego vienen las formas diferentes de vivir esta *misión*, las diversas vocaciones en la Iglesia, los varios ministerios. En todos los casos se trata sólo de *ser* y *vivir* como cristiano en la variedad de llamadas del Espíritu que florecen en el bautismo.

2.-El *laico trinitario* es aquel que vive esa condición cristiana como *laico*. Este es el segundo dato a acentuar: su ser cristiano *laico*, tal como esto se entiende en la visión de *Iglesia-Comunión* que realiza el decreto conciliar *Lumen Gentium* y se desarrolla en documentos posteriores (Cfr. *Christi fideles Laici, Al comienzo del Nuevo Milenio*, 46, etc.). El laico trinitario es un cristiano y un cristiano *laico*.

3.-Pero en la vocación cristiana laical hay variedad de llamadas. Hay laicos que, por voluntad del Señor, recorren su camino bautismal singularmente, dentro de la comunión eclesial. Hay otros en cambio -hoy en número creciente- que se sienten invitados por el Espíritu a vivir su vocación laical *asociados* con otros laicos para actuar en la Iglesia un *proyecto laical común*, con un mensaje, unos acentos, unas sensibilidades, un espíritu peculiar dentro de la riqueza espiritual de la Iglesia. Así han surgido, están surgiendo, numerosas asociaciones y movimientos laicales.

4.-Entre estas asociaciones se incluyen aquellas asociaciones laicales que tienen un *proyecto eclesial*, un carisma compartido con otros grupos eclesiales (religiosos/as, sacerdotes), que cada grupo lo encarna en su específica vocación. Surge así un carisma, una espiritualidad, un espíritu, una misión compartidos que da origen a una *familia* particular dentro de la gran *Familia* de la Iglesia. Entre estas asociaciones está el Laicado Trinitario, al igual que otras asociaciones laicales: franciscanas, jesuíticas, salesianas, carmelitanas, dominicanas, etc..

En la revisión eclesial que se está operando en la teología hoy se está valorando y promoviendo mucho este *proyecto familiar* de cara al s.XXI. Algunas *familias* llevan un buen recorrido hecho, otras están más retrasadas, ¿y la familia trinitaria? Está haciendo también su camino. En él estamos comprometidos todos: religiosos, religiosas y laicos. Todos necesitamos más información, y formación, y, como fruto, *motivación* mayor. Los laicos no sois ya simples receptores, sois protagonistas, actores, en la Iglesia, en la parroquia, etc. La *Comunidad* cristiana, eclesial, diocesana, parroquial..., ha tomado el protagonismo.

EL ESPÍRITU DEL LAICO TRINITARIO

Llevo escrito en estas páginas que el laico trinitario es, en este orden, un *cristiano*, *laico*, *trinitario*. Tiene, por ello, su forma propia de vivir y de desarrollar su bautismo, ni inferior ni superior a otras formas de ser cristianos y laicos. Su forma propia. ¿Qué quiere decir *su forma propia*? En primer lugar, que es una llamada de Dios, una gracia suya, como toda vocación cristiana. En segundo lugar, que en virtud de esta *llamada-*

gracia, el laico trinitario tiene su modo de percibir y experimentar en su experiencia personal los diferentes elementos de toda experiencia cristiana. Verbigracia: percibe y experimenta a Dios según una imagen determinada (Dios-Trinidad Redentora), contempla al ser humano desde una particular perspectiva (oprimido, cautivo, perseguido,...), etc.

Esta peculiaridad de experiencia, a medida que se va desarrollando, genera en el laico trinitario un *talante*, un espíritu propio que tiene sus *notas* específicas. A continuación voy a indicar algunas de estas notas en el contexto de la sociedad e Iglesia del s.XXI:

1) La nota *Comunión*. El carisma trinitario, lo encarna el religioso/a o laico, es reflejo en el mundo del Dios Amor-Comunión-Liberación, del Dios Trinitario. Todo trinitario ha de desarrollar una especial *sensibilidad* hacia la comunión, siendo su portavoz y agente. El laico trinitario tiene, además, su espacio propio en cuanto laico de sembrar comunión en la sociedad y en la Iglesia. Para ello el laico trinitario ha de cultivar un talante ecuménico y dialogante, respetuoso de la pluralidad y de la distinción en la unidad. Se opone frontalmente a ello todo fundamentalismo/fanatismo, el racismo, la xenofobia, los patriotismos y nacionalismos cerrados y excluyentes,...

2) La *solidaridad* con el hermano. Ello incluye una apuesta comprometida por el reconocimiento *efectivo y práctico* de los derechos de la persona, de todas las personas, con particular referencia a los *excluidos* de la casa y mesa común, a los perseguidos por la fidelidad a su conciencia y a su fe... Una apuesta por su dignidad, su libertad. La Trinidad Redentora (Liberadora) os ha constituido en testigos, *signos* de su amor liberador. Ello exige sensibilidad para detectar el atropello y la prontitud para acudir, en lo posible, a remediarlo. Aquí los seglares tenéis muchos espacios vuestros.

3) *Sobriedad y sencillez* en la vida. Es ésta una de las notas que más urgen en nuestro mundo consumista: el distanciamiento profético del consumismo-materialismo invadente para que en la *mesa común* quepan todos. La lista de los excluidos es larga. Saber compartir es la gran asignatura pendiente en nuestro mundo. Se necesitan profetas.

Estas y otras notas propias del laico trinitario florecen sólo en el cruce de una experiencia robusta del Dios Trinidad y del hermano marginado, bajo la guía del Espíritu. Durante el siglo XXI muchas cosas están llamadas a evolucionar y cambiar en el modo de ser Iglesia, de ser cristiano, de ser laico trinitario. Los cambios los tenéis que encarar con audacia, cuidando sólo de ponerlos *a favor del viento del Espíritu*, sobre las huellas de Jesús, Hijo y Hermano. Ésta, sí, es una condición inexcusable. Es el Espíritu el que nos va llevando *a la verdad plena* a través de verdades *históricas*, en permanente desarrollo.

EL LAICO TRINITARIO “PECULIARMENTE” CONSAGRADO A LA TRINIDAD

Estamos ante la dimensión más fundamental de toda vocación trinitaria. De ella derivan todas las demás dimensiones claves, como iremos viendo. La consagración *peculiar* a la Trinidad es la raíz de la identidad más íntima del laico trinitario.

1. En la base hay una "experiencia" cristiana

Estamos aludiendo a la *experiencia bautismal*, la gran experiencia cristiana. Comienza siendo *germinal* y está llamada a madurar. A medida que, bajo la acción del Espíritu, se va haciendo consciente y se desarrolla en el bautizado, esta experiencia revela con nueva luz y calor sobre todo dos realidades claves: Dios y el hombre; el *Rostró* de Dios tal como nos lo muestra Jesús y lo vivenciamos en su seguimiento, el Dios trinitario, y la *imagen* del hombre en su dignidad y vocación *divinas*.

Pero hay más: en nuestra experiencia bautismal, humana, aparece también el *contrapunto* de la historia personal y social sembrada de cadenas espirituales-morales, cadenas sociales, físicas, psicológicas... La sociedad semeja a una cárcel donde todos estamos aprisionados de algún modo.

Es aquí, en estas honduras sombrías del *mal* que nos sujeta a la muerte, donde el Espíritu suscita en el corazón del hombre ansias irrefrenables de libertad y de vida, de plenitud y de amor.

2.-El Dios de Jesús, fuente de vida y de liberación

Caminando en pos de Jesús, en su vida y mensaje, el cristiano descubre que Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es la Fuente y plenitud que busca. Él sale al encuentro de todos los *exiliados de Casa* y es hontanar de santidad, de amor y de misericordia, de libertad y de verdad. Es un Dios *comprometido con el hombre*, con pasión por el hombre.

Este *descubrimiento* no es sólo conocimiento, es una *experiencia teologal* -de fe, esperanza y amor-, una experiencia humana, que asume la integralidad de la persona bajo la guía del Espíritu Santo. Y este Dios, así descubierto, le ha *cautivado*: pasa a ser su centro, su modelo, su Absoluto, su objetivo. Lo ha descubierto como su Libertad y Plenitud.

3- Aquí nace su consagración a la Trinidad

Es dentro de esta experiencia donde brota la opción de consagrarse a este Dios. El laico trinitario estaba consagrado a la Trinidad por el bautismo. Ahora asume aquella realidad con nueva conciencia, redescubre sus riquezas (hijos de Dios en el Hijo, incorporado al Pueblo de Dios, Templo del Espíritu, *enviado*, coheredero con Cristo...) y actualiza sus compromisos en una nueva línea explícita y definida: *Se vincula con nuevo título- como trinitario- con Dios Trinidad, consagrándose peculiarmente, en virtud de una llamada especial, a su gloria y alabanza.*

De este modo la consagración bautismal recibe un nuevo impulso en él. El laico trinitario participa más hondamente de la consagración de Cristo al Padre e inicia una nueva "*alianza*" con Dios, siempre en línea bautismal.

4.-Y surgen los compromisos

Más que surgir sería más exacto decir que *maduran*. Los compromisos bautismales se prolongan ahora siguiendo una dirección más definida: La dirección *trinitaria redentora* de la experiencia de S. Juan de Mata. En cierto sentido se ha inaugurado un nuevo *camino* para el laico trinitario, se ha definido su vocación bautismal.

Los nuevos compromisos son:

a) Vivir con más conciencia y verdad la *novedad* del bautismo, ya aludida, dentro de su nueva vocación.

b) Asumir la *misión* de anunciar en nuestra sociedad el verdadero *rostro* del Dios trinitario, haciéndolo presente con su vida como misericordia y amor liberador entre los cautivos de hoy. De este modo, *glorificar* a Dios Trinidad en la totalidad de su vida con un culto, a la vez, existencial y litúrgico, y particularmente, liberando al hombre de su *cautiverio* y persecución, porque *"la gloria de Dios es que el hombre viva"* (S. Ireneo) en comunión y libertad.

"TESTIGO Y ARTÍFICE DEL AMOR"

La segunda dimensión *constituyente* de la experiencia del laico trinitario es la *fraterna*. ¿Qué queremos decir con ello?

1. La vida fraterna, una exigencia peculiar del laico trinitario

Es evidente que la vida fraterna, fundada en el amor, es vocación de todo cristiano. Toda comunidad cristiana queda definida esencialmente por este elemento: *"Éste es el mandamiento mío, que os améis unos a otros como Yo os he amado"* (Jn. 15,12). Ningún grupo cristiano puede apropiarse en exclusiva una vocación que es común a todos los bautizados.

Sin embargo, el *Proyecto de Vida* del Laicado Trinitario señala esta dimensión de la vida fraterna como peculiar del laico trinitario. ¿En qué sentido? En cuanto que el laico trinitario, por su *peculiar consagración a la Trinidad* está llamado a resaltar, a visibilizar con *nuevo título* esta riqueza central, en su vida y acción, a ser, muy en primera línea, en la Iglesia *testigo y artífice de amor y de comunión fraterna*.

2. La raíz de esta exigencia es la peculiar consagración a la Trinidad

Como la Santísima Trinidad es esencialmente *Comunión de Personas*, estar consagrado *peculiarmente* a Ella es asumir, con un título nuevo, la misión de mostrar este rostro de Dios, de *"vivir y testimoniar esta comunión en medio de un mundo que sufre división, pobreza y opresión"*, es decir, que sufre de una ausencia de amor y de comunión. El laico trinitario se siente así, en fuerza de su *peculiar consagración a la Trinidad*, llamado a ser *"testigo y artífice del amor, de la acogida, de la unión, de la corresponsabilidad y del diálogo que existen en el corazón de la Trinidad"*.

3. Reflejo de la Trinidad

La comunidad laical trinitaria intenta de esta manera encarnar y reflejar en el mundo, según las limitaciones de toda persona o grupo humano, la *"comunión que existe entre las Personas divinas, expresando la unidad en la pluralidad y la pluralidad en la unidad"*. La Trinidad es la Comunidad *original* y perfecta. Ella es la fuente de toda fraternidad. Toda comunidad humana va creciendo en amor y comunión con la mirada, contemplativa y orante, puesta en las divinas Personas, nutriéndose del Espíritu de filiación y de *fraternidad*.

La comunidad laical trinitaria se va construyendo así progresivamente desde este modelo trinitario con los dones del Espíritu y las aportaciones de los miembros de la comunidad. Y a medida que progresa, va aprendiendo a ser trinitaria, a saber:

- a) a ser *don*, a darse,
- b) a *acoger* a los demás, en especial a los pobres y marginados,
- c) a *compartir* con ellos vida, talentos, bienes.

Son los tres gestos divinos que definen al Padre, al Hijo y al Espíritu desde toda la eternidad.

4. Alimento de la vida fraterna

La vida fraterna necesita ser nutrida, si no se extingue por *avitaminosis*. El primer nutrimento es la íntima unión con el Padre, en Jesús, con la gracia del Espíritu. Por eso *"la intimidad con Cristo, la escucha de la Palabra de Dios, la celebración de la liturgia, especialmente de la Eucaristía, favorecen la vida de comunión fraterna"*.

Pero la fraternidad necesita también de alimentación humana: *El trato sincero y abierto entre los miembros de la fraternidad, el diálogo frecuente interpersonal y comunitario, la aceptación recíproca y el espíritu de servicio y de caridad son expresiones y medios de una vida fraterna: Son medios que alimentan la fraternidad y a la vez son datos que revelan la fraternidad existente.*

Lo propio hay que decir de los Encuentros de Familia, de las celebraciones con ocasión de algunas fiestas familiares, etc... Oxigenan, restauran e impulsan la comunión y el amor fraterno. La vida fraterna es don y tarea, a la vez. Un reto y un compromiso.

EN COMUNIÓN CON LOS TRES

En números anteriores de *Laicado Trinitario* he expuesto sumariamente dos de las dimensiones constituyentes de la identidad del laico trinitario. El laico trinitario, decíamos, es un cristiano *"consagrado a la Trinidad con un nuevo título y, sin renunciar a su condición de seglar, llamado a incorporarse a una comunidad, al laicado trinitario"* local, nacional, internacional. Esta comunidad, por estar *peculiarmente consagrada a la Santísima Trinidad*, Misterio de Comunión de Personas, tiene la misión de *visibilizar* de modo especial esta comunión interpersonal en la fraternidad y en la Iglesia. Ser *testigos y artífices* de amor y de comunión fraterna es una de las tareas centrales de su vocación.

De aquí deriva una ineludible exigencia: Sólo Dios Trinidad es la fuente y manadero de cuanto hay de fraternidad y de comunión entre los hombres. Nadie puede irradiar comunión en torno si no está enlazado con esta fuente. Quien se aleja de ella se marchita. De ahí la necesidad de vivir en permanente conexión con el Padre, en el Hijo, por la acción del Espíritu Santo. Es lo que el *Proyecto de Vida* llama *vida espiritual* del laico trinitario, de ella afirma que *"se nutre de la comunión con las tres divinas Personas"*. Esta vida se expresa como vida de fe, esperanza y caridad, como ejercicio de las virtudes cardinales y morales; se enriquece con los *dones* y mociones del Espíritu,

con el florecimiento de sus *frutos*, etc.. Es un diálogo constante entre una llamada y una respuesta, entre el don ofrecido y su acogida de parte del hombre.

En rigor toda la vida del cristiano está llamada a ser *vida en el Espíritu*, una existencia bajo la moción e impulso del Espíritu Santo: el trabajo diario, el compromiso apostólico, el ministerio de la propia profesión secular,.... Pero hay momentos o acciones fuertes que, por su propia naturaleza, nos conectan de modo especial con la fuente y expresan más explícitamente nuestras actitudes creyentes de adoración, alabanza, acción de gracias y súplica a Dios. A estos momentos y acciones se refiere el *Proyecto de Vida* cuando alude a la *vida espiritual*, y los especifica así: La escucha de la palabra de Dios, la acción litúrgica, los sacramentos, en especial la eucaristía y la reconciliación; la oración extralitúrgica, individual y comunitaria, etc..

Todos estos momentos y actos alimentan la vida espiritual del laico trinitario. El laico trinitario que descuide estos momentos se encontrará a no tardar de espaldas a su vocación y ausente de su misión. Por descarga de batería. Por apagamiento de la llama.

2. ENVIADO A LIBERAR AL OPRIMIDO

INSTRUMENTO DEL AMOR LIBERADOR DE DIOS

Esta es otra de las facetas claves de la vocación del laico trinitario en la Iglesia. "*Comprometidos en la búsqueda de la libertad, de la justicia, de la solidaridad y de la paz*" (Proyecto de Vida del Laicado Trinitario, 19), los laicos trinitarios tratan de hacer presente entre los cautivos y oprimidos de hoy al Dios trinitario-liberador que quiere la libertad para todos y la comunión entre todos. Ellos desean ser instrumentos del amor misericordioso de Dios entre los oprimidos y marginados de hoy.

El Dios cristiano, a quien se ha consagrado con un *título nuevo* el laico trinitario, está comprometido en liberar al hombre de todas sus cadenas, desde las más radicales del pecado, hasta todas las demás que son también una afrenta para la dignidad del hombre. Por eso, Dios *convoca* a los laicos trinitarios, para que, en comunión con toda la familia trinitaria, visibilicen con especial fuerza el mensaje de libertad y de liberación por su entrega personal y por sus obras de amor liberador. Ellos, que son *trinitarios* por su especial consagración a la Trinidad, se constituyen así también en *liberadores* del cautivo y del oprimido. Por eso su lema vocacional dice: "*Gloria a Dios Trinidad, y a los cautivos, libertad*".

Los dos calificativos, trinitario y liberador (redentor), son esenciales e indisociables.

¿A qué clase de cautivos son enviados hoy los laicos trinitarios? El *Proyecto de Vida* lo señala:

-A los perseguidos o marginados a causa de su fe y de su compromiso evangélico.

-A los privados de su dignidad y despojados de sus derechos fundamentales.

-A los más desfavorecidos en general: presos, jóvenes marginados, emigrantes, fugitivos, exiliados...

En cada lugar, con la mirada a la vez cercana y universal, se ha de concretar el compromiso teniendo en cuenta la realidad y las posibilidades. En todo caso, lo primero a que se compromete el laico trinitario, sea casado o célibe, es a vivir su vida desde el espíritu trinitario liberador, expresado en la justicia, la solidaridad, el respeto del derecho, la moderación en la vida (para compartir más con el necesitado). En segundo lugar están los compromisos de acción colectiva, bien sea propios de la fraternidad, bien compartidos con personas y asociaciones que trabajan al servicio de la dignidad del hombre.

Dos ideas más: Primera, toda acción debe estar acompañada por la oración. La oración tiene un gran poder de liberación. Segunda, liberar al hombre es también glorificar a la Trinidad, porque el hombre es su *imagen* viva, su encarnación criatural.

EL COMPROMISO APOSTÓLICO

Los trinitarios nacimos para actuar un compromiso: rescatar, liberar al hombre de su indignidad, de su opresión; asistirle en su necesidad. Este compromiso lo ha de vivir todo trinitario, aunque la forma de vivirlo varíe en una trinitaria contemplativa, en un capellán de cárcel, en un educador, en una persona anciana o enferma o, finalmente, en uno que trabaja en un ambiente de abierta esclavitud. La misma *alma* trinitaria se expresa pluralmente.

En todo caso es necesario que tanto los religiosos/as, como los laicos trinitarios, tengan conciencia de haber asumido este compromiso y se esfuercen en llevarlo a la práctica en su circunstancia particular. Se trata de ayudar al ser humano, visto en perspectiva de fe - en *visión trinitaria*-, a vivir según su dignidad indeclinable de hijo e imagen de Dios. Sirviendo así a la persona humana el trinitario *glorifica a la Santísima Trinidad* que es quien fundamenta, en último término, esa grandeza del ser humano.

Nuestros laicos viven hoy, en general, ejemplarmente este compromiso en las diferentes fraternidades de cada país. Lo hacen con encomiable generosidad impulsados por su *caridad redentora*, diariamente alimentada en la fuente de la Trinidad. Ahí están sus compromisos en las cárceles, en los comedores sociales, en la atención a los enfermos y ancianos en sus casas y en las residencias, en la colaboración con el S.I.T., etc.

Hoy quiero apuntaros, queridos laicos, un objetivo más: el de ir asumiendo *responsabilidades* en las obras sociales que actualmente gestionan los religiosos/as trinitarios en los diferentes países. Son múltiples estas obras hoy y su gestión reclama preparación y profesionalidad técnica, además de una edad adecuada. Ello posibilitaría a los religiosos/as estar más en la *frontera* explorando nuevos caminos para el Reino, allí donde los laicos, con compromisos familiares, no pueden llegar.

En la historia de la familia trinitaria se han dado casos en los que los laicos trinitarios, profundamente imbuídos de espíritu trinitario, han gestionado hospitales y otras obras *carismáticas* como colectivo laico trinitario. De cara al S.XXI pienso que el laicado trinitario debe ir contemplando compromisos de este tipo, adaptados a los tiempos y lugares, que podían asumir solos los laicos o en corresponsabilidad con otros grupos de la familia trinitaria.

Ofrezco esta idea al Consejo Internacional del laicado trinitario, y en su caso a CO.PE.FA.T, para posibles proyectos de futuro. Es cuestión de creatividad y de atención al Espíritu que grita desde una historia en perenne evolución. Y, por supuesto, de una adecuada formación.

Que el nuevo siglo que acabamos de estrenar sea testigo de muchos proyectos de este tipo, asumidos en fidelidad a los signos de los tiempos. Os deseo un buen año a todos.

ACTITUDES BÁSICAS

En la página de hoy voy a hablaros de algunas sensibilidades y actitudes que reclaman vuestra especial atención en la Iglesia y sociedad del s.XXI.

Sabéis que esta identidad está engastada en *amor y libertad*, en *amor liberador*. Ahora bien el binomio *amor-libertad* tiene su sede original y fontal en el corazón del Dios trinitario. Con esta fuente contactasteis en vuestra consagración bautismal, merced al Espíritu Santo que os fue graciosamente otorgado. Este Espíritu *implantó* el amor trinitario en vuestras vidas para que, gradualmente, las transformara en *vidas trinitarias*, nacidas del Espíritu, capaces de entrega, de servicio, de amor liberador.

Es, cabalmente, lo que vemos sucedió con Juan de Mata, con Ana M^a de Taigi, con Isabel Canori Mora, con M^a Pilar Martín de Blas y con otros numerosos laicos trinitarios en la historia. Pudieron amar así porque *renacieron nuevos* del Espíritu tras vivir una *pascua* personal de muerte y resurrección. Esta *paso* es requisito indispensable. Sólo del amor nace la libertad. Una persona es libre cuando el amor de la Trinidad anega su vida. Y sólo las personas libres *liberan*.

Una *experiencia* viva, profunda del Dios trinitario es siempre una llamada a la libertad; es la matriz en la que se troquelan las sensibilidades del verdadero libertador. Esa experiencia es *envío* a anunciar y a crear libertad. Cuántas personas que hoy pregonan la libertad e intentan constituirse en libertadores, continúan enredados en mil cautiverios, incapaces de amar y, por tanto, incapaces de liberar. La libertad tiene raíces muy hondas.

El s.XXI inicia su andadura atestado de mil idolatrías que esclavizan. Tenéis que saber ocupar en él vuestro puesto pertrechados de un *talante crítico*, rechazando todos los falsos *absolutos* que genera nuestra sociedad. Curiosamente, gente que dice querer ser libre y, por eso, deja a Dios, cae, en el siguiente acto, en mil idolatrías, es víctima de todos los ídolos, que devoran hasta las raíces de su libertad. Esta actitud *crítica* es urgente hoy. Pero debe ser alimentada en una interioridad orante, que nutra vuestra conciencia, vuestra capacidad reflexiva y analizadora, vuestro poder de escucha para captar la voz de Dios y del hombre... Para oír el clamor de los oprirnidos.

Junto a esta actitud crítica, una actitud de *respeto* hacia todo ser humano. Todo hombre es un valor absoluto e inmanipulable. También esta actitud tiene su *matriz* en una honda experiencia del Dios trinitario. Veis cómo está siendo manipulado hoy el ser humano desde el mercado económico, desde el poder ideológico, político y mediático, desde la capacidad tecnológica-biológica. Frente a toda esta manipulación hay que gritar el respeto a la libertad de todo hombre, el respeto a su *diferencia*, hay que proclamar

una tolerancia activa, como gesto de libertad y justicia, No, a toda globalización excluyente.

Y, en fin, *pasión* por los cautivos, por los excluidos. Es la *com-pasión* del Dios trinitario expresada en compromiso y apuesta diaria. Ahí se revela la *calidad* del amor y su capacidad liberadora. Juan de Mata nos pide aquí que esta apuesta incida en nuestro *estilo de vida*, introduciendo en ella la *sobriedad* en función de la solidaridad.

Por ahí van las huellas del Reino de Dios que anunció e inauguró Jesús de Nazaret.

SENSIBLE E INCOMODO ANTE LAS CADENAS

El próximo 17 de diciembre, solemnidad del santo fundador Juan de Mata, se abre, como es sabido, el 8º Centenario de la aprobación oficial del *proyecto trinitario* en la Iglesia, un proyecto encarnado conjuntamente y de manera plural por la Orden y por toda la Familia Trinitaria. Es sabido igualmente que este Aniversario tendrá un solemne *pórtico* el día 7 de junio, fiesta de la Stma. Trinidad. Con este motivo quiero pasar revista en este número y los próximos de Hoja Informativa -en el tono sencillo que le caracteriza- a algunos sentimientos, actitudes, talentos y compromisos que configuran el *alma* del laico trinitario. Cabe decir que quien esté desprovisto de tal equipo interior, carece de alma trinitaria.

Y empiezo por la sensibilidad hacia las cadenas humanas. Todo verdadero trinitario, sea él laico, religioso o religiosa, siente una incomodidad congénita en presencia de esas cadenas que se llaman marginación, exclusión, persecución varia a la dignidad del hombre y a sus derechos. La *atención* a estas cadenas que oprimen y deprimen -deshumanizan- a la persona humana hoy, cerca o lejos de nosotros, es indicio de salud trinitaria. Es saludable acudir cada mañana a las fuentes de información para saber qué medidas se están tomando en la sociedad para quebrantar esas cadenas, a fin de apoyar fervorosamente las que se juzguen justas y denunciar con valor las que se estimen deshonestas y manipuladas. Nada hay en el mundo más importante como el hombre mismo, su dignidad y sus derechos, y por supuesto, no hay hombres de primera y tercera.

La insensibilidad, en cambio, la indiferencia y la apatía en este terreno, sea que ellas deriven de nuestro acomodo en una existencia chata y burguesa o de un *espiritualismo* alienante y descomprometido, es prueba evidente de ausencia de espíritu trinitario. Con una actitud así nos autoexcluimos de la familia trinitaria, nos *autoexcomulgamos*. La resaca de una tal indiferencia nos sitúa fuera del carisma trinitario: "*El Espíritu del Señor... me ha enviado para anunciar la Buena Nueva a los pobres... a proclamar la liberación a los cautivos... a libertar a los oprimidos*" (Lc 4, 18).

La *Cruz trinitaria* es la cruz del compromiso liberador. Un compromiso múltiple: en primer lugar, mi compromiso individual de acudir personalmente a remediar el mal del hermano en cuanto de mí dependa; en segundo lugar, mi compromiso de presionar en la sociedad (en el terreno social, político, económico) y en la Iglesia para arrancar soluciones humanizantes. Muchos seculares cristianos están menos mentalizados, quizás, respecto a este segundo compromiso, especialmente en lo que al compromiso social-político concierne, a pesar de las reiteradas declaraciones del magisterio de la Iglesia.

El Reino de Dios madura en la historia con la colaboración del hombre. Es cierto que el evangelio no nos ofrece soluciones políticas y económicas, pero nos invita a analizar el presente con rigor y a planificarlo con coherencia con el futuro del Reino. De este análisis, hecho desde la fe cristiana, es muy posible que surjan opciones políticas diferentes, compromisos plurales entre los cristianos que es necesario respetar, sin que nadie esté autorizado a reivindicar para sí exclusivamente la legitimación evangélica. Sólo se pide a todos sinceridad y coherencia con su fe.

Ah, y la seguridad de que toda solución, por buena que parezca, es siempre *penúltima*, y por tanto hay que seguir empujando hasta que caigan todas las cadenas. Mientras tanto, estamos siempre en el *Ya, pero todavía no*

LA CAJA DE LA REDENCIÓN

En las Asambleas Intertrinitarias celebradas este año, a nivel general en Ariccia (Roma), agosto, y a nivel nacional en El Plantío (Madrid), noviembre, aparece entre las propuestas una que reza así: La Asamblea propone *reactualizar, en cuanto sea posible, en nuestros Institutos y Asociaciones la "Tertia Pars", según la Regla de S. Juan de Mata, creando la "Caja de la Redención"*

Esta propuesta fue hecha en la Asamblea General de Roma y fue asumida por la Asamblea nacional de Madrid.

Sin embargo en Madrid surgieron voces pidiendo que este concepto (*Caja de la redención*) y otros similares que empiezan a usarse, se fueran explicando en los boletines internos de la Familia para cuantos no estuvieran suficientemente familiarizados con ellos.

A esta petición responden estas líneas. Intentaré hacerlo con concisión y sencillez, porque el tema da para mucho.

Como se dice en la propuesta misma, ésta tiene su raíz en la Regla de S. Juan de Mata, art. 2, que dice *así: Todos los bienes, de dondequiera que lícitamente provengan, los dividan en tres partes iguales; con dos de ellas se atienda al moderado sustento de los hermanos (religiosos) y de cuantos trabajan en la casa con ellos (al servicio del hospital) y, en lo que sea posible, se lleven también a cabo obras de misericordia; la tercera parte, en cambio, se reserve para la redención de los cautivos que, a causa de su fe en Cristo, han sido encarcelados por los paganos...* (traduzco el texto un poco libremente para que se entienda mejor).

Este texto de la Regla trinitaria se interpretó siempre como un texto nuclear dentro del carisma y espiritualidad de la Orden, e introducía necesariamente un *estilo de vida* sobrio y pobre en la fraternidad en beneficio de unos necesitados, en concreto, de los pobres y enfermos del hospital anejo y de los cautivos. Algún comentarista trinitario de la Regla llamó a la pobreza trinitaria *sangre redentora*, es decir, la sangre que el trinitario derrama *para redimir al cautivo*, y que tiene su fuente en la caridad redentora que ha de animar al trinitario. El trinitario asume ser pobre para ahorrar y con este ahorro redimir al cautivo y ayudar al pobre. Siempre en seguimiento de Jesús.

Ahora bien, aquí viene la *Caja de la redención*. Esta tercera parte (*tertia pars*) que estaba reservada para la redención de los cautivos, se guardaba, en rigurosa custodia, en lo que se llamaba *Caja de la redención*. Había una *Caja de redención* en cada fraternidad (casa) y una *Caja central*, a nivel provincial o general, donde confluían los contenidos de las cajas particulares de las casas. Los cautivos se redimían con dinero proveniente de diverso origen (donativos, legados, colectas, parientes), pero nunca podía faltar ahí el dinero ahorrado por las propias fraternidades para *la redención*. Eso sí, nunca fue fácil a los religiosos ser fieles a ese artículo 2º de la Regla.

Cuando en el siglo XIX terminó *el cautiverio de los cristianos entre paganos* en la forma tradicional y clásica -¡habían pasado 7 siglos! -la Orden trinitaria juzgó que no había ya razón de mantener *la Caja de la redención*, pues el cautiverio había terminado. Si no había cautivos que redimir, no había obligación de separar la tercera parte (*tertia pars*) que prescribía la Regla para la redención de cautivos. De hecho desaparece la *Caja de "la redención"*.

Hay que notar que es en este siglo XIX cuando surgen las Congregaciones trinitarias femeninas, salvo las trinitarias francesas y la de Sevilla, algo anteriores.

Pues bien, aunque éstas nacen con vigoroso espíritu trinitario redentor, en su legislación tampoco se recoge, por la misma razón indicada, la letra de *la tertia pars*.

Sin embargo, cuando, a la luz del Vaticano II la Orden trinitaria ha hecho una honda reflexión sobre el mundo de hoy y su misión en él, se han revelado varias cosas:

1-Que el cautiverio, objetivo del apostolado de la Orden, no sólo no ha desaparecido en la sociedad moderna, sino que se ha agudizado. Ha desaparecido (?) sólo un tipo tradicional e histórico de cautiverio, pero en la escena del mundo se han presentado otras formas de esclavitud más agresivas aún.

2-Que la exigencia de compartir con los pobres y cautivos es consustancial al carisma trinitario de Juan de Mata, es *sangre redentora*, derivación natural de la *caridad redentora* de la Orden, de la Familia. Así consta en las nuevas Constituciones que se elaboraron en el posconcilio.

Esta idea ha ido desde entonces haciendo un camino, en el que hay que destacar la Congregación General de Wissons (París) 1974, celebrada para clausurar, a nivel general, el solemne Año *Trinitario* que se organizó con ocasión del 775 aniversario de la aprobación de la Regla y fundación oficial de la Orden, y el siguiente Capítulo General en Nápoles en 1977. La *Caja de la Redención* estaba nuevamente asumida; faltaba sólo concretar modos de actuación, cosa que poco a poco se está queriendo realizar, no sólo a nivel de Orden, sino de Familia, pues la capacidad de don, de compartir con los cautivos y pobres, de la *tertia pars*, es un gesto significativo, es *una característica constitutiva* del carisma trinitario. Por eso la Orden, en el Capítulo General Extraordinario último ha decretado que con el fin de reactualizar la práctica de la *tertia pars* (tercera parte), en cada Provincia, Vicariato y Delegación se cree la *Caja de la Redención*. Un tercio (1/3) de los fondos de esa caja será destinado a la acción común y en comunión de toda la Orden, llamada SIT (Solidaridad Internacional Trinitaria). Los otros dos tercios servirán para las obras de liberación-redención que tengan las mismas Provincias y Vicariatos de la Orden.

Es en este espíritu y en este contexto como hay que leer las propuestas que han hecho las Asambleas familiares de Roma y Madrid. Un gran paso, sin duda, que necesita mucha atención en su ejecución

3 ¡HAY QUE FORMARSE!

LA FORMACIÓN OBJETIVO PRIORITARIO

Tengo ante mis ojos las Conclusiones del Encuentro que el Consejo Internacional del Laicado Trinitario (Cilt) celebró en Salamanca los días 20-26 del pasado julio (1997).

1. *Objetivo prioritario, la formación*

Veo con gozo que el Consejo señala como *objetivo prioritario* para los próximos años el tema de la formación y propone la elaboración "*ad experimentum*" de un programa de formación para el laicado trinitario que se presentaría en la Asamblea Intertrinitaria de 1999.

Más adelante el citado Consejo ofrece una especie de esquema inicial, indicando objetivos, etapas y contenidos fundamentales de dicho programa. Para ello ha tenido en

cuenta el *Plan de formación del Laicado Trinitario*, aprobado por el Consejo Permanente de la Familia Trinitaria (Copefat) en mayo de 1995, y los resultados de un *sondeo* efectuado en los pasados meses en diversos países entre los grupos laicales trinitarios.

El Consejo Internacional sugiere que, en lo que resta de 1997 y durante todo el 1998, se trabaje en la elaboración de este Programa, aprovechando también la doble circunstancia del Año Centenario y de la preparación para el III Milenio. Para ello ha creído conveniente que un *equipo familiar* aborde esta importante e improrrogable tarea. Su trabajo se ofrecerá, luego, como material orientador a las fraternidades laicales trinitarias para que cada una lo pueda utilizar con la pedagogía y dinámicas que las características del propio grupo sugieran. Todo ello será fuente de ulterior riqueza para el programa.

2. *Objetivos, etapas y contenidos.*

Objetivos

Evidentemente todo proyecto de formación busca siempre unos objetivos, desea llegar a algunas metas. El Consejo Internacional, atendiendo sobre todo a las respuestas del sondeo citado arriba, señala tres "objetivos" que pueden ser considerados como tres caras del mismo objetivo:

a) *crecer en la vida cristiana*, es decir, desarrollar y madurar el propio cristianismo;

b) *descubrir la vocación propia del laico trinitario*, es decir, mientras se hace este camino de crecimiento cristiano, descubrir la propia identidad como *laico trinitario* en la Iglesia y, dentro de ella, en la familia trinitaria. Y consiguientemente,

c) *comprometerse en un apostolado liberador*, asumiendo y desarrollando el compromiso trinitario redentor que el Espíritu sugiera a cada uno en su circunstancia personal.

Contenidos y etapas

Los objetivos sólo se logran incorporando gradualmente a la propia vida unos *contenidos* mientras se recorren unas etapas y se hace un camino. ¿Qué contenidos?

La vocación del laico trinitario reclama una formación que tenga en cuenta tres niveles fundamentales. En primer lugar, el nivel *humano*. El laico trinitario es, ante todo, una *persona* y cuanto más desarrolle las riquezas y valores humanos (equilibrio, madurez, capacidad de relación y de comunicación; voluntad, lealtad, sinceridad ...) más garantías tendrá la calidad de su vocación cristiana.

Y junto al nivel humano, *el cristiano*. Es una dimensión clave en la identidad del laico trinitario. El laico trinitario debe conocer, en primer lugar, lo que el hecho *cristiano* significa para él, y, especialmente, tiene que ir incorporando progresivamente a su vida los valores y compromisos que comporta su vocación bautismal. La formación cristiana para él no se detiene en el área de los *conocimientos*, sino que es esencial que se traduzca en *experiencia*, en vida comprometida en la Iglesia. He aquí un campo a cultivar con paciencia y cariño, no sólo durante la formación inicial, sino siempre a través de una formación permanente.

Y, por último, el nivel *trinitario*. Estamos hablando de un laico trinitario en cuanto que participa del carisma que el Espíritu Santo otorgó a su Iglesia, por medio de S. Juan de Mata, como un don nuevo, para que participaran de él personalmente aquellos cristianos a los que el mismo Espíritu llamara a vivirlo a lo largo de la historia. Son ya 8 siglos que la Iglesia disfruta de este don y han sido muchos miles los cristianos que, como seglares, religiosas o religiosos, han desarrollado su bautismo viviendo la vocación trinitaria-redentora de la Familia Trinitaria en la Iglesia.

Los laicos trinitarios de hoy están prolongando esta gloriosa lista. Su vocación es *peculiar* en la Iglesia. No todos los laicos cristianos son trinitarios, en el sentido expuesto. Sólo los que han sido llamados y han correspondido a la llamada. Ser trinitario, en el sentido expuesto, no significa ser más que cristiano. *Ser cristiano* es la suprema dignidad a la que puede aspirar un ser humano. Ser cristiano trinitario, en el sentido expuesto, es un *modo particular* de ser cristiano, uno de los muchos modos en que se puede vivir la vocación cristiana según la llamada de Dios en la Iglesia. Un modo peculiar.

Por eso este modo de ser cristiano, que es el trinitario, tiene su estilo propio, su espíritu-espiritualidad propios, su modo de seguir a Jesús, destacando especialmente algunos perfiles de su vida, acentuando con preferencia algunas notas de su Evangelio... Y todo ello por voluntad de Dios. Ahora bien a este estilo peculiar, a esta espiritualidad se llega sólo haciendo un itinerario de *formación trinitaria* bajo la guía del Espíritu.

La formación, pues, es la *gran tarea* del Laicado trinitario en los próximos años.

LA IDENTIDAD NO SE IMPROVISA

No, una identidad no se improvisa. Ni siquiera en un plano puramente humano el ser personas nos viene dado sin más. Empezamos la vida con una personalidad en germen, con unas posibilidades que tenemos que ir desplegando, con unas capacidades de orden intelectual, afectivo, volitivo, operativo que hay que ir desarrollando. Es preciso ir integrando unos valores. La personalidad es, pues, una conquista. Si, llegado el momento, no asumimos nuestras responsabilidades y activamos nuestras opciones, frustraremos nuestra personalidad. Seremos personas subdesarrolladas, atrofiadas. El mundo está lleno de personas así, sin musculatura espiritual, desprovistas de una infraestructura interior mínima y, por ello, incapaces de asumir responsabilidades serias y hacer opciones profundas.

Lo propio sucede en el plano cristiano. El bautismo genera en nosotros una vocación en germen, una vocación cristiana, humano-divina. El bautismo es un Don, una semilla con vocación de desarrollo. Es una *invitación* que, inicialmente, en caso del niño, la acoge la Iglesia (los padres cristianos, la comunidad cristiana). Pero, a medida que el niño crece, esa fe de la Iglesia debe ser *personalizada*; cada uno debe ir acogiendo gozosamente el don de la fe y definiendo progresivamente su respuesta *personal*. Ni como personas ni como cristianos nos es dado delegar nuestros compromisos, porque afectan a nuestra vocación más íntima, libre, a nuestro ser.

Ese don germinal del bautismo demanda un desarrollo; esa acogida del don en la fe de la Iglesia, debe irse trocando en *mi* fe; en una respuesta que se va configurando como seguimiento de Jesús, en existencia filial ante el Padre y en vida fraterna entre los hombres.

Y esto implica madurar actitudes, opciones y compromisos. Comporta el progresivo nacimiento del *hombre nuevo*, del cristiano, modelado por el Espíritu, con la libre cooperación de uno, sobre Cristo, Hijo y Hermano primogénito: un "*hombre nuevo*", identificable por sus criterios, sentimientos, opciones y compromisos, en permanente constitución y siempre a distancia del *Modelo* Cristo.

Este *desarrollo interior* es lo que llamamos formación cristiana y abarca unas ideas, un creciente conocimiento de Jesús, de la Iglesia, del hombre y su vocación, de la historia. Y comporta, sobre todo, *experiencia*, vida. Una experiencia cristiana de fe, esperanza y amor; experiencia filial y fraterna, de comunidad y de comunión, de solidaridad, de *ser para los demás*. Una experiencia de Pascua. Esta experiencia es *constituyente* para el cristiano. Ella marca la hondura y la verdad de nuestro ser cristiano.

Habéis notado que aún no he hablado de la *formación* del laico trinitario en este rápido análisis. Ello es debido a que este *itinerario* es la carretera general de todo bautizado, de todo cristiano. Lo que sucede es que, durante el recorrido, el divino Artífice, el Espíritu Santo, va modelando a cada uno de modo original según su *vocación y misión en la Iglesia*. Es su formación específica ¿Cuál es la formación específica del laico trinitario? De ella os hablaré en el próximo número, si Dios quiere.

LA FORMACIÓN DEL LAICO TRINITARIO

En la página anterior intenté explicar la necesidad de la formación y su sentido, para que un cristiano desarrolle hoy su identidad y su misión en el mundo y terminaba mi sumaria exposición con estas palabras: "*Lo que sucede es que, durante el recorrido, el*

dívino Artífice, el Espíritu Santo, va modelando a cada uno de modo original según su vocación y misión en la Iglesia ". Ahora bien, ¿cuáles son los perfiles que el Espíritu Santo quiere diseñar con particular visibilidad en aquellos cristianos a los que llama a vivir la vocación trinitaria en la Iglesia? Sobre este punto deseo hoy escribiros unas líneas.

La primera pregunta que me hago es ésta: ¿Como puedo saber yo cuáles son los *perfiles* trinitarios?

Respondo: Son los que aparecen en la *experiencia* de Juan de Mata, iniciador de la vocación trinitaria en la Iglesia: en su vida y en su obra, en la regla que él escribió para sus hijos. Más aún, son los *perfiles* que se revelan en la *experiencia* de la familia trinitaria durante 8 siglos, especialmente visibles en sus santos y santas. En tercer lugar son los perfiles que recoge la *conciencia* permanente que los trinitarios tienen de sí mismos. Por último, así los ven los papas y la Iglesia en general: Todos coinciden en definir la vocación trinitaria en la Iglesia con una identidad. ¿Cuál? ¿Cuáles son sus perfiles?

1. Una experiencia peculiar de Dios

En el seguimiento de Jesús, iniciado en el bautismo, y bajo la acción del Espíritu Santo, el cristiano llamado a ser *trinitario* va descubriendo a Dios como *Comunión de Personas*, en solidaridad e intercambio infinito, como hontanar de fraternidad y amor misericordioso redentor. Como Don. De ese manantial ve brotar, como regalo, la creación, el ser humano con dignidad y vocación de hijo... La Encarnación, la Redención... Va conociendo la "apuesta" incondicional de Dios Trinidad por la vida y la libertad de la persona humana, creada "a su imagen y semejanza".

En este *conocimiento-experiencia* se está modelando el cristiano como *trinitario*, es decir, cautivado por ese Dios Amor; un cristiano filial, adorante, gozosamente agradecido. En ese *conocimiento-experiencia*, siempre llamado a más, aprende el trinitario a rezar "a Ti se la alabanza..., oh Santísima Trinidad". En ese *conocimiento-experiencia* va madurando y profundizando su consagración bautismal a la Trinidad. Allí se va configurando gradualmente con Cristo *glorificador* del Padre. Apenas aparecieron los trinitarios en la Iglesia fueron calificados como *especiales cultores de la Trinidad*. Era un perfil esencial de su vocación.

2. Un compromiso con el cautivo

Estamos ante otra dimensión constitutiva de la *experiencia cristiana del trinitario*, sea religioso/a o seglar: El compromiso por la libertad del hombre. Ello se debe a que en su *experiencia de Dios* se ha desvelado también la dignidad del hombre, la vocación *divina* de todo hombre. Junto a este *proyecto* de Dios sobre el hombre, hecho especialmente visible en la Encarnación y Redención de Cristo, aparece, sin embargo, enfrentado, el *anti-proyecto* del hombre histórico, maltratado, esclavizado. Este *conocimiento-experiencia* provoca en el trinitario una conciencia de *envío*. Descubre que Dios le llama a ayudar al oprimido, a romper sus cadenas. En su corazón germina un *compromiso de liberación*.

Con este compromiso nació la familia trinitaria. Su lema dice: "*Gloria a Dios Trinidad, y al cautivo, libertad*". El modo como en cada tiempo y lugar vivirá este compromiso dependerá de muchos factores. En todo caso, todo trinitario deberá estar en primera línea en la promoción de la justicia, en el respeto al derecho, en la defensa de la libertad del oprimido o perseguido, en la defensa de la fraternidad, en la lucha por la solidaridad entre los hombres y los pueblos.

Aún más. Hay un camino de liberación que va más hondo: Hacer que los hombres descubran a través de la fe, el verdadero *rostro* del Dios de Jesús, el Dios-vida-libertad, y que lleguen a *experimentarlo*. La fe inaugura en la persona humana una senda de liberación radical. Por eso Juan de Mata la valoró tanto y la defendió como fuente de libertad para el hombre, a más de como surtidor de la gloria a la Trinidad.

3. Una llamada a la comunión-comunidad

El tercer perfil que emerge de la *experiencia vocacional trinitaria* con más fuerza. Quien va experimentando al Dios trinitario, Comunidad de Amor, en la misma medida se va trocando en *fuentes* de comunión entre los hombres, en agente de comunidad fraterna, puesto que va descubriendo que los seres humanos estamos llamados también a vivir en *comunidad de hermanos*, de hijos de Dios. Por eso su compromiso liberador apunta a este objetivo: Crear una Comunidad de hombres libres, hermanados en Comunión.

He aquí los perfiles más significativos de la vocación del trinitario en la Iglesia, sea laico, religioso/a. Cada uno los tendrá que encarnar según su estado, profesión, etc.. Ellos marcan la dirección y el contenido de la formación del laico trinitario. Es obvio que, vista la inmensidad de la tarea siempre nos descubriremos *en formación*, nunca formados. Estamos siempre en *camino* hacia la meta. Nuestra formación tiene que ser permanente.

LOS "MODELOS FAMILIARES" Y LA FORMACIÓN

El Proyecto de Vida del Laicado Trinitario que vamos comentando, entre los compromisos del laico trinitario exige, en el capítulo de la formación, "*conocer todo lo referente a la Familia Trinitaria: historia, espiritualidad, vidas de santos*".

A este punto quiero hoy dedicar algunas líneas. El mejor modo de conocer la espiritualidad de la Familia es verla reflejada en los grandes modelos de la familia, los santos.

La familia trinitaria tiene un equipo excepcional de estos *modelos*. Los encontramos en todos los siglos y en los varios grupos de la Familia: religiosos, religiosas de vida contemplativa, religiosas de vida activa- pertenecientes a las diversas comunidades-, seculares, sacerdotes, obispos y hasta algún papa. Todos ellos han querido desarrollar en la Iglesia su bautismo según el espíritu y el carisma de Juan de Mata. Inspirados y guiados siempre por el Espíritu Santo.

Ellos, en su variedad y riqueza, nos revelan el *alma* de la Familia en toda su fertilidad. Nos ofrecen, en admirable policromía, una experiencia privilegiada del *ser trinitario* en

la Iglesia, una experiencia fraguada siempre en la confluencia del amor redentor de Dios Trinidad y del clamor dolorido de los cautivos y pobres.

Su variedad es impresionante. Pero todos, sin excepción llevan, por un lado, la marca del evangelio de Jesús, y, por otro, el sello de la vocación trinitaria. Hay unas constantes evangélicas y trinitarias presentes en todos, y, sin embargo, cada uno de ellos las expresa de manera personal e inédita. Cada uno ha filtrado los valores cristiano-trinitarios a su modo. En cada uno de ellos el divino Artista, el Espíritu Santo, ha trabajado con un material antropológico, cultural, temperamental diferente, dando lugar a síntesis biográficas irrepetibles.

Estos modelos nos deben ser familiares a todos, porque constituyen las crestas más luminosas de la geografía familiar, puntos obligados de referencia; sobre todo, claro está, figuras como San Juan de Mata, fundador, o San Juan Bautista de la Concepción, reformador. Estas primeras figuras, seguidas de toda esa pléyade de santos, beatos, venerables, ..., confesores y mártires, de ayer y de hoy, son la voz más afinada en el concierto familiar trinitario.

No son sus gestos materiales los que tenemos que imitar -ellos fueron también hijos de su tiempo y de su cultura- sino su espíritu, sus actitudes, su estilo, su talante evangélico, su disponibilidad, su libertad interior. Su voz no se extingue. Su luz no se apaga.

Ellos son hoy luz, flecha indicadora en el camino, inspiración. Provocación creadora para alentarnos a ser trinitarios de hoy, atentos a los retos del presente, abiertos al futuro, porque el Dios libertador viene siempre desde el futuro con rostro inédito y siempre nuevo.

“FORMANDO-FORMADOR” Y “FORMADOR-ACOMPAÑANTE”

Hago esta modesta reflexión el día 29 de abril (1997), unos días antes de que tenga lugar el *Encuentro Nacional de asistentes del laicado trinitario*. La cuestión que llevamos a este Encuentro es "*cómo poner en pie y acompañar a un grupo de laicado trinitario*".

Todos somos Iglesia. Laicos, religiosos y clérigos, todos tenemos la misma dignidad, la que emana del bautismo compartido. Todos tenemos idéntica misión: "*Id por todo el mundo...*"

Pero, desde hace bastantes siglos, por una serie de circunstancias histórico-sociales, arrastramos un *pecado*: Los clérigos y religiosos nos apropiamos de excesivo espacio en el mapa eclesial. A los laicos les forzamos a ser meros *oyentes* en la comunidad eclesial, a mantener una actitud demasiado pasiva. El anuncio evangélico debía ser *más polifónico*. No fue así. Ha sido una desgracia y la Iglesia está pagando un alto precio por este *pecado*, porque el seglar cristiano ha estado ausente, durante los últimos siglos, en muchos terrenos en los que se han librado importantes batallas para el Reino de Dios. Los tiempos han cambiado. El Concilio Vaticano II hizo una convocatoria a todos los bautizados, recordando a todos la unidad de misión en la diversidad de roles.

Pero la puesta en marcha del nuevo programa está costando mucho. Los laicos bajan a la *cancha* del compromiso con la timidez y desorientación lógicas tras 8 siglos de

banquillo. Y a cierta parte del clero, habituado a ocupar toda la cancha, le está costando *achicar sus espacios* para bien de la Iglesia.

En este contexto, extremadamente simplificado, hay que situar el tema del laicado trinitario. El carisma trinitario es un *don* del Espíritu, participado en la Iglesia por los religiosos/as y laicos. La participación, sin embargo, de los laicos en este *don*, en el pasado, hoy se nos muestra insuficiente. Ellos eran los *colaboradores* en una misión donde el protagonismo lo llevaban los religiosos, seguidos de las religiosas.

Hoy la teología eclesial ha girado 180 grados. En el siglo XXI tendrán que ser, acaso, los laicos los portadores por antonomasia del carisma trinitario, sin que con esto queramos infravalorar mínimamente el papel esencial de los religiosos y religiosas en esta misión familiar.

Hoy ya muchas de nuestras *obras*- las de la familia- tendrían quizá que estar *pilotadas* preferentemente por los laicos trinitarios. Pero ¿dónde están estos laicos? ¿qué hacer?

Indudablemente el Espíritu Santo sigue ofertando copiosamente también hoy su Don, el don de la vocación trinitaria a los laicos. Hace falta que ellos, jóvenes y adultos, se abran a él y lo acojan. Y, aquí, la mediación de los religiosos/as es primordial e insustituible. Primero, para mostrarles y desvelarles el *don del Espíritu* (el servicio del mediador es sólo *señalar con el dedo el don*, que tiene su fuente en el Espíritu). Segundo, para que lo incorporen y lo personalicen. Esta *mediación* es, sin embargo, delicada y difícil, porque los laicos, con la mirada en la historia, fácilmente recelan y temen que esa *mediación* pueda trocarse en *manipulación*. Ello entorpece y frena la tarea de la formación.

El problema no es baladí. La formación es crecimiento interior, desarrollo endógeno, desde dentro de la persona. Crece o deja de crecer cada uno. Nadie se forma desde una presión exterior y contra su voluntad. En ese caso se *deforma*. El formando mismo es, pues, el primer y principal formador. Pero la formación implica incorporar valores, desarrollar experiencias, fijar unos objetivos, personalizar unos contenidos humanos y, en el caso del laico trinitario, cristiano-trinitarios. Ahora bien, todo esto precisa ayuda exterior, exige un *acompañante* que también llamamos formador. Normalmente la formación no se adquiere sin esta *asistencia* exterior.

Aquí es donde se está perfilando hoy una dificultad no desdeñable: en el equilibrio entre *formando-formador* y *formando- acompañante* que le asiste. En ocasiones, pueden ser los *acompañantes* los que traspasan su línea, invadiendo indebidamente el terreno del *formando*; así coarta en demasía los movimientos del grupo en formación, encorseta su creatividad. En la formación tradicional se dio, en general, excesiva *presencia* del formador-acompañante en el ámbito del grupo formando. Hoy el riesgo puede ser el contrario: que los grupos laicos que inician su camino, quieran hacerlo sin *guías*. Más de una vez he oído la queja de que muchos grupos seculares hoy no tienen en cuenta suficientemente el *ministerio ordenado*, el ministerio sacerdotal.

Sería muy negativo que esta actitud prosperara. De nuevo lo pagaría la misión de la Iglesia, para la que todos los carismas son complementarios y no excluyentes. Entre estos riesgos y bandazos debe encontrar su equilibrio justo, siempre dinámico, la

formación de nuestros grupos de laicado trinitario, de parte de los grupos mismos y de parte de los acompañantes religiosos.

UN LAICADO PARA EL S.XXI

El laicado trinitario tiene una larga tradición de ocho siglos. En ella han florecido copiosos el servicio al Reino y la santidad. Desde aquí nuestra gozosa felicitación a las decenas de miles de laicos trinitarios que han encarnado en la Iglesia el carisma trinitario redentor de Juan de Mata.

Hoy estamos en otro paisaje eclesial, cultural e histórico. La imagen del laico en la Iglesia que tenemos hoy dista mucho de la que teníamos hace apenas 50 ó 60 años. Este dato es fundamental y afecta directamente a la idea de *laico trinitario*.

Los primeros que precisan conocer este cambio de imagen del laico en la Iglesia son los propios laicos, porque concierne a su identidad cristiana, a su *ser-Iglesia* y es muy incómodo ir por la vida sin conciencia de la propia identidad.

¿En qué puntos se ha visto afectada la identidad del laico en la Iglesia? En primer lugar, en que se ha resaltado su *ser-Iglesia*, su dimensión eclesial, no como una concesión dadivosa de la jerarquía, sino como gracia y fruto del bautismo. De aquí ha derivado, en segundo lugar, su corresponsabilidad indeclinable en la Misión de la Iglesia. En tercer lugar, se ha puesto de manifiesto la singularidad intransferible de la *misión* de los laicos en la Misión de toda la Iglesia. En la *única misión* de la comunidad cristiana se ha revelado la pluralidad de *misiones*, dependiendo de la riqueza y variedad de carismas, ministerios y dones con que el Espíritu del Resucitado ha engalanado a la comunidad eclesial.

Este es el primer dato a tener en cuenta, pero no el único. Estamos estrenando el siglo XXI, y el ser cristiano, como el ser hombre, está esencialmente inscrito en la historia, se modela históricamente desde una identidad básica incorrompible. Esto quiere decir que no podemos ser cristianos de espaldas al tiempo, a la cultura, a la sociedad a la que pertenecemos. Estamos siempre plantados en el presente, en este paisaje social, cultural, religioso, eclesial concreto. Y esto nos exige vivir en permanente actualización-*aggiornamento*- para ser siempre *modernos*, cristianos de hoy, no de ayer. Tú, laico, no puedes ser cristiano hoy en España como hace 50 años. Vivimos en otra cultura, con otros problemas, otros mensajes y preguntas, que interpelan al evangelio y a la Iglesia, en espera de otras respuestas concretas, teóricas y, sobre todo encarnadas. Y esas respuestas, en lo que a ella concierne las tiene que dar la Iglesia, es decir tú, laico cristiano, junto con los obispos, sacerdotes, religiosos... Son respuestas cristianas servidas pluralmente desde distintas responsabilidades y compromisos de la comunidad cristiana.

Para ello precisamos situarnos en el presente con ojo avizor atento, con el alma porosa para registrar la actualidad viva de nuestro mundo, sus gozos y dolores, sus fracasos y esperanzas, y sembrar en esa tierra, sedienta siempre de verdad y de amor, la semilla de la *Buena Noticia*. *Actualizarse*, en este contexto, implica desarrollar una fina *sensibilidad*, y prepararse para brindar al hombre y mujer de hoy las respuestas que busca. Y cuando hablo de *preparación* me refiero, sí, a la preparación intelectual, irrenunciable, pero aludo principalmente al desarrollo de la *experiencia cristiana*, al

despliegue de unos valores humano-evangélicos que florezcan en compromisos con Dios y en apuestas claras por el hombre, por su dignidad y libertad.

Luego, claro, el Espíritu no lleva a todos los laicos en la Iglesia por el mismo camino; entre ellos también hay una variedad de *vocaciones* de llamadas. Vosotros, los laicos trinitarios, tenéis vuestro camino a recorrer, una experiencia cristiana que desarrollar, derramando misericordia, redención y libertad allí donde haga su aparición la opresión, el cautiverio del hombre, la inhumanidad. Misericordia y redención que tienen su sede y su fuente en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, quien os ha llamado para que las *rociéis* profusamente en el mundo.

Como siempre, afectuosos saludos a todos.

ANTE NUEVAS EXIGENCIAS

El laicado trinitario está mostrando en los últimos años –venturosamente ya bastantes- claros síntomas de vitalidad. El Espíritu Santo está sembrando la semilla trinitaria en el laicado cristiano, sobre todo en algunas latitudes, y dentro del laicado están floreciendo personas generosas, ricas en espíritu trinitario redentor.

El laicado trinitario, como laicado que es en la Iglesia, debe ir desarrollando una sana autonomía en la familia trinitaria, asumiendo, dentro de la familia trinitaria, cada vez más su conciencia de ser *sujeto* de sus opciones y compromisos de diálogo, y siempre en diálogo y comunión con toda la familia trinitaria.

Gracias a Dios, también esta conciencia se va desplegando últimamente de modo visible en nuestros grupos, aunque a veces aún continúa pesando con exceso el lastre de un pasado- no tan remoto- en que esta *conciencia de autonomía* era casi inexistente por motivos varios. El laicado no es ningún *apéndice* de los religiosos/as; tiene consistencia eclesial, cristiana propia, misión propia y espiritualidad *peculiar* dentro del común carisma trinitario redentor, que tiene sus raíces en S. Juan de Mata y se difunde en la Iglesia de hoy en variedad de formas y de compromisos religiosos y laicales.

Ahora bien, para que este despliegue del laicado trinitario cobre ulterior impulso en los inicios del nuevo milenio, entiendo que se deben cuidar algunos aspectos en su interior. Hoy sólo quiero apuntar a uno: fomentar y promover en las fraternidades- a nivel local, zonal y nacional, sobre todo- personas que estén dispuestas a asumir las *responsabilidades* que el grupo precise y requiera. La autonomía que proclamamos sólo puede venir por este camino. En las diversas fraternidades han de surgir las personas idóneas que *guíen* como responsables primeros el *proyecto* del grupo, bien secundados por todo el grupo y particularmente por el Consejo. Estos *responsables* son una gracia, un don para el grupo que hemos de agradecer al Señor.

¿Qué precisan estos *responsables*? No hace falta que sean *líderes* extraordinarios; basta que sean sujetos corrientes dispuestos a servir a la fraternidad. Ellos no sustituyen a la fraternidad, sino que son su acicate y su expresión. Están arropados, ayudados por toda la fraternidad. Conviene, eso sí, que hayan entendido suficientemente el *proyecto*

trinitario en la Iglesia y el papel del laicado en ella. Ello supone un cierto *rodaje* en el grupo, una cierta mentalización. Luego lo que más cuenta es la *calidad* del espíritu trinitario. Cuanto más haya, mejor, pero sin utopías.

Gracias a Dios no faltan en nuestros grupos personas así. Por eso, desde aquí, sólo rogamos a estas personas, -repito, son muchas- se pongan *en pie de servicio* para asumir las responsabilidades que la fraternidad les quiera endosar, a nivel local, zonal, nacional e internacional, para bien de todos.

El laicado trinitario precisa multiplicar personas así para *despegar* autónomamente. Ello no quiere decir que se les deje solos. Necesitan aún el acompañamiento discreto del asistente religioso, más para animar e impulsar que para frenar, más para dialogar que para imponer. Esta labor del asistente debe ayudar a ultimar la formación de los *responsables*, saliendo al paso a su inseguridad. Lo que considero clave y fundamental es que la fraternidad, y a su frente el responsable (Presidente) y su consejo, clarifique su *proyecto* como laicado trinitario en la Iglesia local y los compromisos consiguientes.

Termino felicitándoos a todos. Se está haciendo un camino y esto es ya prometedor. Gracias a todos por vuestra responsabilidad cristiana.

UNA CONCIENCIA VIVA DE SU IDENTIDAD

Mis queridos laicos.

Hoy empiezo diciéndoos que es vital que vayáis desarrollando una conciencia cada vez más viva de vuestra identidad en la Iglesia. En una *Iglesia-Comunión, Pueblo de Dios*. El *bautismo* funda vuestra identidad eclesial esencial. Por él entrasteis en una comunidad *consagrada* en Cristo al Padre y *enviada* al mundo. Ambas dimensiones configuran fundamentalmente a *todo* bautizado.

En esta comunidad de bautizados, que llamamos Iglesia, el Espíritu Santo suscita luego una pluralidad de ministerios y carismas, para que toda la comunidad pueda vivir mejor *su vocación*, su consagración al Padre y su misión en el mundo. Esta variedad de carismas se da incluso dentro del sector secolar de la comunidad. En efecto, vosotros, en cuanto laicos trinitarios, habéis sido objeto de una especial llamada del Espíritu, que afecta a la manera de vivir vuestra *consagración* y vuestra *misión* como laicos en la Iglesia. Vuestro carisma trinitario-redentor matiza singularmente vuestra consagración y misión eclesial. Esta llamada os ha constituido a todos en laicos "*asociados*", integrantes de la comunidad laical trinitaria. Todos habéis sido hechos partícipes del carisma trinitario-redentor de Juan de Mata. Bastantes de vosotros, incluso, participáis del carisma de Juan de Mata peculiarmente teñido por la experiencia carismática propia de unos fundadores o fundadoras dentro de la familia trinitaria.

Esta identidad la debéis ir percibiendo mentalmente y, sobre todo, vivencialmente, como *experiencia* en la Iglesia. Y siempre en comunión y complementariedad con todos los otros carismas en la comunidad cristiana. Todos estamos en la misma *Consagración* y *Misión*, con mayúscula.

En segundo lugar, como partícipes del carisma de S. Juan de Mata, fundador trinitario, integráis la *familia trinitaria* junto con los religiosos, monjas contemplativas, religiosas

de vida activa de las varias congregaciones trinitarias y el Instituto Secular trinitario. Todos participamos del mismo carisma trinitario-redentor, pero cada uno de los grupos desde la singularidad de su vocación y su estado.

Todos los grupos, pues, requieren y reclaman autonomía, comunión y complementariedad. Los tres términos son indivisibles. Vosotros sois trinitarios, pero no religiosos; habéis sido llamados a vivir el carisma y el espíritu de Juan de Mata y desplegar así vuestra vocación bautismal *en medio de las tareas seculares*, en medio del mundo. Encarnáis el carisma trinitario-redentor de Juan de Mata en la familia, en las profesiones seculares, en política, economía... De este modo vuestra vocación como *laicos* hace posible que el carisma trinitario-liberador de Juan de Mata tenga acceso a los espacios seculares y se encarne *en experiencias* que nunca hubiera conocido sin vuestra presencia como seculares. Aquí las posibilidades y los campos en la sociedad son innumerables. Por eso el carisma trinitario se enriquece sobremanera en potencialidades merced a los laicos. Tomad conciencia de este hecho.

En tercer lugar, somos, como familia trinitaria, *una comunidad en misión*. Los retos del s. XXI, los signos de nuestro tiempo, exigen que la misión sea ejercida hoy *en familia*, desde la pluralidad de vocaciones o de identidades que comparten el mismo carisma familiar. Debemos abrirnos más, implicarnos todos más en una misión *común* (religiosos, religiosas, laicos). La realidad nos lo reclama.

Esto exige de vosotros, los laicos, una consistencia más compacta, buenos líderes, preparación profesional, a más de maduración espiritual carismática. Se trata de *vivir lo que somos*. Leed los *signos*, recoged las *interpelaciones* que os llegan. En algunas Familias los laicos van asumiendo hoy *responsabilidades* cada vez más importantes en las *obras* o *servicios*, mientras los religiosos van ocupando espacios más específicos suyos. Ello no obsta a que los laicos podáis optar también a ofrecer servicios *autónomos*, junto a servicios *compartidos*.

Todo esto hay que irlo ya *visualizando* en mayor o menor lejanía con creatividad y dinamismo. Con fe y esperanza.

En cuarto lugar, *necesitamos una formación en Familia*.

Lo exige el punto anterior. Todos, religiosos, religiosas y laicos, necesitamos una *mentalización* nueva en la manera de entender y de vivir la *Misión*. Precisamos una mentalidad más *familiar*, con talante de *comunidad más amplia*, con conciencia de *corresponsabilidad familiar*, con capacidad de compartir responsabilidades con grupos *diferentes* de la Familia, comprometidos en la misma misión trinitaria-liberadora desde vocaciones diferentes.

Ello implica, no sólo compartir el *proyecto*, sino programarlo y estudiarlo *en común*.

Como veis, hay un camino a la vista. Que el Espíritu vaya suscitando muchas y selectas vocaciones en toda la Familia para recorrerlo, y recorriéndolo, hacerlo real, porque... “*se hace camino al andar*”.

“EL PROYECTO DE VIDA” YA ESTÁ APROBADO

1.-¿Qué quiere decir esto?

Que el Laicado trinitario tiene ya su *Constitución fundamental*, renovado de acuerdo con las últimas orientaciones de la Iglesia, aprobado por la Santa Sede. Los laicos trinitarios tienen una larga y gloriosa historia en la Iglesia. Han tenido ya diversas *Constituciones o Proyectos de Vida* -con distintos nombres- en el pasado. No se erige, pues, ahora el laicado trinitario en la Iglesia. Los laicos trinitarios, bajo distintas denominaciones, llevan 8 siglos como asociaciones públicas de seculares en la Iglesia. Lo que ahora se ha hecho es revisar y renovar su *Constitución fundamental*. Y ha sido esta Constitución, que llamamos *Proyecto de Vida del Laicado Trinitario*, la que se ha aprobado.

2.-¿Qué implica esto?

En esta *Constitución* fundamental se define la *vocación* del laico trinitario en la Iglesia de hoy: *Una llamada a vivir la fe cristiana, el bautismo, en el mundo siguiendo el espíritu y el carisma de S Juan de Mata*. Los laicos trinitarios encarnan en medio del mundo, como seculares, el proyecto trinitario redentor de Juan de Mata.

Ello significa varias cosas. Una, que, como laicos trinitarios están especialmente vinculados en la Iglesia con las monjas, religiosos/as trinitarios, formando con todos estos grupos la familia trinitaria en la Iglesia. Todos los grupos de la familia están comprometidos con el mismo *Proyecto trinitario redentor*, aunque cada grupo lo actúe desde su llamada particular.

En segundo lugar, y por lo que acabo de decir, en la familia trinitaria hay una gran riqueza y variedad de modulaciones carismáticas de la experiencia trinitaria redentora, en sus distintos grupos. De esta riqueza y variedad participan también los laicos trinitarios por lo que esta *constitución* fundamental que se ha aprobado se mantiene en niveles suficientemente generales para que en ella encaje toda esa riqueza del Espíritu.

3.-¿Qué falta ahora?"

Que todas las fraternidades y cada uno de sus miembros *conozcan* bien este *Proyecto de Vida*. Ésta debe ser la primera tarea de las fraternidades en el próximo curso. El laico trinitario necesita conocer bien su *identidad*, el modo que tiene de vivir su fe como *laico trinitario*.

Pero ello no es suficiente. El conocimiento es necesario mas no basta. Lo que cuenta es la *vida*, traducir en experiencia la propia identidad, ser coherente con ella. Aquí entra en juego la *espiritualidad* trinitaria y el compromiso apostólico, la *misión* trinitaria. Evidentemente, la forma que los diferentes trinitarios tienen de vivir la *misión* será muy plural, pero ha de llevar siempre un *acento, un alma, un espíritu y una sensibilidad* propios, tanto más marcados cuanto esta misión florezca en *experiencias* más ricas y profundas.

4.-Un ruego al CILT

Desde aquí hago un ruego al Consejo Intemacional del Laicado Trinitario (CILT), que este mes de agosto se reúne en Cerfroid, para que la aprobación oficial del *Proyecto de*

Vida del Laicado Trinitario signifique para el laicado un nuevo punto de partida que arranque precisamente de ahí, del *Proyecto de Vida*.

Os saludo a todos cordialmente

EN EL “PROYECTO DE VIDA” INTERESA, SOBRE TODO, LA VIDA

En el último encuentro de Familia Trinitaria, en Madrid (9, 10, 11 Noviembre), se propuso como tema de formación para los grupos de laicado trinitario en España en este curso (2001-2002) el *Proyecto de Vida* recién aprobado. Quisiera, por eso, hacer aquí hoy unas sencillas consideraciones sobre lo que este acercamiento al Proyecto de Vida implica.

Como podéis observar, el Proyecto de Vida es breve (39 artículos), como tiene que ser una *Constitución*, pero en él está perfectamente definida vuestra *identidad* en la Iglesia como cristianos-laicos-trinitarios, en unidad vocacional indivisible. Ahora bien, vuestra aproximación a él en este momento debe ser simultáneamente intelectual-doctrinal, afectiva y espiritual-experiencial. Vuestra identidad la vivís siempre en proceso, en camino. Se trata de ir *naciendo* progresivamente laicos trinitarios, configurándoos tales en la Iglesia en diálogo y colaboración permanente con el Espíritu. La perfección está siempre en el futuro.

Con ello quiero deciros que cuando os encontréis, por ejemplo, con la expresión *familia trinitaria* en la introducción del texto, debéis, primero, asir su sentido, qué significa y qué implica. A esto llamo *acercamiento intelectual* al texto. Pero, seguidamente debéis interrogaros, personal y comunitariamente, en qué medida *os sentís* familia trinitaria, vibráis *en familia*, amáis a la familia trinitaria y vivís *familiarmente* en ella. Aquí, como veis, estamos ya en otro plano: en el plano de los sentimientos, afectos, experiencias, compromisos. En este plano se entremezclan ingredientes humanos y espirituales-carismáticos.

Ahora bien, este plano segundo, que supone el primero, es el que confiere al laico la *configuración cristiana trinitaria*. Quien se quede sólo en el primer plano, en el del conocimiento, no es aún laico trinitario, no *vive* todavía su identidad en la Iglesia. Al decir esto quiero invitaros a hacer una aproximación al texto del Proyecto pausada, dialogada, orada y con el ojo puesto en la *vida*, en los desafíos de la historia.

Esta metodología, si así queremos llamarla, la habéis de usar al recorrer cada artículo, en especial aquellos que se revelan más densos y ricos de contenido. Así los términos *laico*, *bautizado*, *Iglesia como familia*, *experiencia de la Trinidad redentora*, *laico asociado*, *vida fraterna*, *vida espiritual*, etc.

Así igualmente, los términos *Juan de Mata* y *fundador*, las expresiones *espíritu trinitario*, *carisma trinitario* –en su unidad y variedad–, *estilo trinitario*, *cultores de Dios Trinidad*, *redentores* (liberadores), *Iglesia local* y *la inserción en ella*, etc. En todos estos casos se requiere un primer acceso doctrinal, teórico para esclarecer bien sus contenidos. Pero eso es sólo el primer paso. Lo más importante es lo que sigue: en qué medida estoy yo haciendo *realidad mía* eso que descubro como identidad mía. Es esta *configuración existencial*, real, lo que os irá constituyendo verdaderamente *laicos*

trinitarios. Os repito una vez más: estamos ante un *proceso* progresivo. De ahí el sentido y la necesidad de la *formación*, inicial y permanente.

Otra cosa a la que quisiera invitaros es a la *creatividad*. Creatividad en la promoción de la *Familia*, tirando también de los religiosos y religiosas. Hay innumerables potencialidades en la *Familia* que están sin explorar, inercias y resistencias que vencer, fruto de una tradición, de otra época. Los laicos podéis ser los que tiren del *carro familiar* con mayor originalidad y dinamismo en los próximos años. Cuando contemplo lo que está haciendo en la Iglesia y sociedad de hoy una asociación laical pública internacional, como la vuestra, la de *S. Egidio* en Roma, nacida en 1968 y ya con 40.000 miembros en 60 países, 20 de ellos africanos, con un dinamismo impresionante..., pienso lo que puede ser el laicado trinitario en el s.XXI el día que florezcan en él media docena de líderes carismáticos. La mies está en sazón. Los desafíos os interpelan.

Con mis mejores votos, como siempre.

4 LA ORGANIZACIÓN DEL LAICADO TRINITARIO

CUÁNDO UN GRUPO SE CONSTITUYE EN LAICADO TRINITARIO

No minusvaloremos la organización. Voy a dedicar unas líneas hoy a este tema.

1. Cuándo un grupo es "Laicado Trinitario"

El *Proyecto de Vida* empieza afirmando que el laicado trinitario se expresa en múltiples y diferentes asociaciones. No señala el texto cuándo una asociación o un grupo se constituye en laicado trinitario. En el Encuentro de asistentes religiosos del laicado trinitario de la Provincia Norte de España (26-27-IV /96) se convino en que "*un Grupo puede considerarse, en sentido estricto, Laicado Trinitario, cuando sus miembros, tras haber hecho un camino de formación y maduración cristiana, formulan su compromiso o promesa en la forma indicada en el Proyecto de Vida del Laicado Trinitario, u otra similar*".

Se exige, pues, una especie de *formación básica* previa.

Es en ese momento del compromiso oficial cuando el ministro provincial erige la nueva fraternidad o comunidad trinitaria laical con sus derechos y deberes. En cambio, para que un grupo cristiano inicie su andadura como *grupo trinitario* en la fase de *formación básica*, basta que sea reconocido como tal por el ministro o superior religioso local.

2. Estatutos propios

Cada fraternidad o comunidad laical trinitaria debe tener sus propios Estatutos, en los que se expresen su identidad trinitaria, los fines que persigue y los medios que utiliza para conseguirlos, en el espíritu del Proyecto de Vida del Laicado Trinitario. Estos estatutos particulares determinan y concretan los estatutos generales del laicado trinitario teniendo en cuenta las circunstancias de cultura y lugar y la identidad de la comunidad particular en cuestión.

3. Coordinación y comunión

Entre todas las comunidades laicales trinitarias ha de haber una buena coordinación y comunión, dentro de una autonomía legítima, a nivel local, nacional e internacional.

Se pide esta misma comunión y colaboración entre las comunidades laicales y los grupos aún *en formación básica*; más aún, entre todos los grupos que integran la familia trinitaria, de modo que se manifieste la *unidad en la pluralidad* propia de la *Casa de la Trinidad*".

4. Un Consejo y un Responsable

Todas las comunidades laicales tendrán a su frente un responsable y un consejo, que cuidarán el desarrollo del laicado trinitario en lo referente a la espiritualidad, comunión, formación, apostolado, organización y administración. consejo y responsable son nombrados por la propia comunidad.

5. Casos especiales

a- Unac comunidad laical trinitaria en donde no hay comunidad religiosa trinitaria.

La puede reconocer- y erigir en su momento- el ministro provincial o su delegado "*de acuerdo con el Obispo del lugar*".

b- Laicos trinitarios sin comunidad laical trinitaria.

En circunstancias especiales, cuando un cristiano no tiene la posibilidad de pertenecer a un grupo trinitario -porque no existe en su entorno- puede el ministro provincial, consultando al responsable laico más cercano, recibirlo como laico trinitario, adscribiéndolo al grupo del responsable consultado para que goce de una presencia moral y espiritual.

6. Asistente espiritual

Toda Comunidad tendrá su asistente, debidamente formado, y que será miembro del consejo de la comunidad a todos los niveles (local, nacional e internacional). El asistente puede ser religioso/a o laico. En caso de ser religioso será nombrado por el ministro o superior a nivel local y por el ministro provincial a nivel nacional, oída siempre la comunidad laical previamente. Si el asistente es laico, lo nombrará también el ministro local o provincial, según los casos, pero a propuesta de la comunidad laical. Es condición indispensable que el Asistente sea una persona preparada en eclesiología en historia, espiritualidad y carisma trinitarios.

7. Consejo de Familia local

Por último, en el Encuentro de asistentes citado arriba se pidió que allí donde hubiera diferentes grupos de familia trinitaria (laicos, religiosas y religiosos) se creara un *consejo de familia* local, integrado por los responsables primeros de cada grupo. Su cometido sería promover, programar y animar los Encuentros de familia a nivel local (celebraciones, convivencias de signo vario, etc.).

CÓMO SE ORGANIZA UN GRUPO DE LAICADO TRINITARIO

En el número de septiembre me referí a algunos elementos que, siguiendo *el Proyecto de Vida*, requiere el Laicado Trinitario en su organización. Hoy quiero matizar algunos puntos.

El Responsable del grupo

Lo llama así el *Proyecto de Vida*, agregando que su función es "*cuidar, junto con su Consejo, del desarrollo del laicado trinitario en todo lo que se refiere a la espiritualidad, la comunión, el apostolado, la formación, la organización y la administración*" (nº 35).

Su misión es, como se ve, vital para el grupo. Muchos grupos languidecen por falta de un responsable idóneo, con madera de líder, entusiasta del ideal. El grupo que lo ha encontrado tiene un tesoro. Cuando al grupo no le anima un responsable idóneo le falta vida, continuidad, orientación; el grupo sin un primer responsable pierde tono y pronto se trueca en un vulgar grupo de amigos, alejándose de un verdadero grupo de laicado trinitario.

El Consejo

El Proyecto de Vida supone que al responsable le arrope un consejo o equipo animador. Esto es necesario, especialmente si el grupo es bastante numeroso. Este equipo, presidido por el responsable, es el encargado de dinamizar la vida del grupo en todas sus áreas. Es preciso, sin embargo, que el diálogo del consejo con todo el grupo sea fluído y que todo el grupo vaya creciendo en corresponsabilidad y creatividad con una activa participación.

Hemos señalado arriba las áreas que el *Proyecto de Vida* asigna al consejo. Téngase presente que el grupo tiende a cansarse, a instalarse en la rutina; si le falta un consejo o, al menos, un responsable que active la marcha, el grupo se *distrae* y poco a poco se vacía de espíritu, se *des-anima*. Son esenciales las evaluaciones periódicas, fijadas de antemano.

Asistente espiritual

En el número de septiembre dijimos quién puede ser y por quién y cómo es nombrado. Su función principal está en acompañar al grupo en el proceso de su formación, en esa búsqueda de la identidad que el laico trinitario debe encarnar por su vocación en la Iglesia. Es una tarea muy delicada y nada fácil. Tengo la impresión de que, en general, los grupos descuidan más de lo debido la formación. Debido a ello, hay grupos que, tras varios años, siguen sin unas señas de identidad mínimas. Su identidad ni la han asido intelectualmente, ni, menos aún, la traducen en vida, en compromisos.

Es cierto que la formación es un proceso paciente y largo (nunca se llega a la meta), pero exige seriedad, selección de temario, método. Un acompañante que conozca el camino resulta indispensable al grupo. Esa es la labor del asistente.

Un área particularmente delicada de la formación es la oracional-celebrativa.

Grupos abiertos

Una de las exigencias del grupo cristiano -exigencia que es particularmente enfatizable cuando el grupo es *trinitario*- es su apertura a otros grupos.

Abiertos al laicado.

Esta apertura ha de darse, en primer lugar, en el caso de un grupo de laicado trinitario, con todos los demás grupos del laicado, empezando por los más próximos. Es fundamental que todo grupo del laicado trinitario se organice y se vertebre desde esta *visión*, sabiéndose *célula* de una comunidad más amplia que es todo el laicado trinitario, con la que comparte un *proyecto* común. Los miembros de cada grupo han de desarrollar la *conciencia* de esta pertenencia a la comunidad laical trinitaria, a nivel regional, nacional e internacional.

Esta *conciencia* muestra el desarrollo del grupo, su adultez. Claro está, se necesita que esta conciencia tenga su posterior expresión en gestos (encuentros, celebraciones, información, comunicaciones, etc.). El origen de esta *conciencia* familiar está en que a todos los grupos del laicado trinitario anima el mismo *Espíritu* y todos persiguen en la Iglesia el mismo proyecto trinitario-redentor, aunque cada grupo lo realice *en y desde* su particular circunstancia.

Abiertos a la Familia.

En segundo lugar, todos los grupos del laicado trinitario, al examinar su identidad, han de verse formando parte de la familia trinitaria a la que, además de los laicos, pertenecen las religiosas trinitarias, de vida contemplativa y activa, y los religiosos trinitarios. El desarrollo de esta *conciencia familiar* es también síntoma de madurez en el grupo, de haber ahondado en la naturaleza de la propia vocación eclesial. Porque todos los trinitarios, laicos, religiosas y religiosos, hemos recibido en la Iglesia el don del carisma trinitario-redentor, para que cada grupo lo encarne según su estado y vocación específica. De esta *conciencia familiar* brotan exigencias de particular comunión, colaboración y complementariedad en la vida y en las obras. En este campo queda aún casi todo por hacer.

Y andamos con retraso.

Abiertos a la Iglesia.

Por último es necesario subrayar la *apertura* a la Iglesia, la conciencia de nuestra pertenencia a ella. Todos somos Iglesia y en ella estamos comprometidos con el proyecto del Reino de Dios Trinidad. Todos los bautizados y los diferentes grupos y comunidades de la Iglesia compartimos el mismo Espíritu y la misma fe, proclamamos a Cristo como Señor y adoramos a Dios como Padre. Todas las vocaciones de esta Iglesia de la Trinidad están *referidas entre sí*; ninguna vocación se entiende sin referencia a las otras. No hay en ella vocaciones aisladas, sino que, siendo diferentes, son complementarias en la única unidad de la Iglesia.

Nuestra identidad como grupo nos sitúa en el corazón de la Iglesia. Sólo ahí recibe toda su comprensión.

¿UNA O MÁS FRATERNIDADES?

En varias ocasiones me han preguntado últimamente si, en un mismo lugar, puede haber más de una *fraternidad laical trinitaria*. Voy a intentar responder brevemente a esta pregunta.

El *Proyecto de Vida del Laicado Trinitario* supone que pueden surgir fraternidades laicales trinitarias en torno a toda comunidad religiosa trinitaria (sea de religiosos, monjas o religiosas), o en cualquier otro punto de la Iglesia con las autorizaciones pertinentes (45, 45). Cada una de estas fraternidades deberán, primero, ser *reconocidas* y, luego, *erigidas oficialmente* por la autoridad competente (45, 48) para que puedan llamarse *fraternidad trinitaria laical*.

Pero ¿puede haber en un mismo lugar más de una fraternidad? Evidentemente, si en un lugar hay más que una comunidad trinitaria de religiosos/as o monjas, como sucede en las ciudades o pueblos grandes con cierta normalidad, podrán surgir diversas fraternidades laicales trinitarias, legítimamente *reconocidas* y *erigidas* por la autoridad competente en cada caso. Y en torno a una comunidad religiosa única ¿pueden también surgir diversas fraternidades laicales trinitarias?

En este caso, más que de diversas fraternidades se debe hablar de diversos “grupos” de la misma fraternidad laical, como ya acontece loablemente en algunos lugares. En tales casos, por razones de número, de edad, etc., puede ser aconsejable crear distintos *grupos* en la misma fraternidad, con un presidente y consejo común, aunque cada grupo tenga su representante.

Estos casos han de decidirse en cada lugar, tras un ponderado diálogo y en un clima de comunión. Se ha de considerar, por ejemplo, cuándo el número es excesivo, o si es mejor constituir un grupo de jóvenes y otro de adultos, que constituir un único grupo integrado por jóvenes y mayores, pues la heterogeneidad es también riqueza. La decisión se ha de tomar en cada lugar en el interior de los propios grupos, con la ayuda de los Asistentes.

Y cuando los grupos son varios ¿han de ser varios también los asistentes? Pueden tener también el mismo asistente, con una buena coordinación de programas para que todos los grupos estén bien atendidos. Pero puede haber también más de un asistente, si se juzga mejor así para la atención de los grupos. En todo caso los diversos asistentes han de ser nombrados por la autoridad competente y “*una vez escuchados los laicos*” (36)

En caso de que haya varios grupos, es de suma importancia que se promueva mucho el espíritu de comunión, de colaboración y de *familia* entre los grupos de la fraternidad. Esto mismo es necesario perseguir con esmero entre las diversas fraternidades, y muy especialmente entre las vecinas. Ello exige frecuente diálogo y encuentros periódicos de revisión y evaluación entre los responsables de los grupos y de las fraternidades, así como entre los asistentes, cuando son varios. Todos estamos al servicio del mismo Proyecto trinitario redentor y es necesario que se haga muy visible el *espíritu de familia*, así como la unidad en la pluralidad.

Termino saludándoos cordialmente a todos al iniciar el nuevo curso. Que la gracia del Año Santo jubilar fructifique abundantemente en todos, y que esa semilla que ha caído

tan profusamente en los recientes años Centenarios renueve toda la familia trinitaria en calidad y número.

CONSEJO LOCAL DE LA FAMILIA

En el último Encuentro de Familia celebrado en Madrid (5-7, nov.,1999), entre las peticiones que se hicieron en la Asamblea, de cara al futuro, había una concerniente a la necesidad de constituir un *Consejo local de Familia* en aquellos lugares (pueblos o ciudades) donde hubiera dos o más *grupos familiares*, es decir, grupos pertenecientes a la familia trinitaria.

Al parecer, pese a las breves explicaciones que se dieron- sin duda por eso mismo- sobre el tema en la Asamblea, no debió quedar suficientemente claro para muchos participantes que solicitan, por ello, más luz sobre él.

Es lo que intento hacer con estas someras líneas. Todo esquemáticamente, pues también el espacio es oro.

1.-*Qué se entiende aquí por grupo familiar.* Por tal denominación entendemos toda fraternidad o comunidad de religiosos, de monjas, de religiosas o de laicos, integrados en la familia trinitaria a través de su correspondiente consagración o compromiso.

En un determinado lugar puede haber uno o más grupos de monjas, de religiosos, de religiosas o de laicos trinitarios, incluyendo aquí el Instituto secular trinitario. A cada uno de estos grupos nos referimos al hablar de *grupo trinitario*.

Pues bien, se pide que, cuando son varios los *grupos trinitarios* en un lugar, se constituya un *Consejo local de Familia*.

2.-*¿Para qué? ¿Cuál sería el cometido de este Consejo?*

Elaborar en común programas, celebraciones, encuentros... proyectar posibles servicios -se nos están pidiendo *gestos concretos* a nivel local, si es posible en familia-. Todo ello siempre que se estime conveniente a juicio del consejo.

Serviría también este consejo para promover la comunión entre los grupos, visibilizando más el espíritu de familia, y para mejorar nuestro servicio carismático a la Iglesia y a la sociedad en el entorno próximo.

3.-*¿Por qué se pide este Consejo?*

Para coordinar mejor los planes de los varios *grupos de la Familia trinitaria* y potenciar su eficacia en cada lugar. Además por otra razón muy importante: Otorgar idéntica corresponsabilidad a *todos* los grupos. Se superaría así la fase en que un grupo de la familia organiza autónomamente un plan y luego *invita* a los otros grupos a participar en él.

El paso que se quiere dar es sencillo, pero significativo, y podríamos darlo este año 2.000, dedicado especialmente a la Stma. Trinidad, un Dios *en relación y comunión*.

Obviamente, este paso no coartaría mínimamente la necesaria libertad de cada grupo para programar acciones, celebraciones, etc., en su espacio interno y desde su propia creatividad, siempre que lo crea conveniente.

4.-¿Quiénes lo integran?

Los representantes de cada grupo. Lo normal sería que lo fueran los superiores/as de cada comunidad religiosa y el presidente (o presidentes) del grupo (de los grupos) laical. En todo caso, cada grupo designaría su representante, que actuaría siempre en nombre del grupo que representa*.

Nada más. Esperando haber aportado con esta sumaria explicación un mínimo de claridad, os saludo cordialmente, como siempre, a todos.

* El Consejo en su primera reunión establecería, con máxima simplicidad, las bases de su funcionamiento

UNA TAREA PENDIENTE

Ya lo sabéis, queridos laicos trinitarios. El carisma trinitario-redentor que inauguró en la Iglesia Juan de Mata es también un *don* para vosotros. Lo ha sido durante ocho siglos; hoy lo es, si cabe, con más razón, dentro de la llamada universal que el Espíritu Santo está realizando al laicado cristiano en la Iglesia. Estamos en un momento singular. El Padre os llama, os interpela.

Y esta llamada espera una respuesta personal que podemos desglosar en los siguientes pasos:

1) Escuchar la llamada: "He oído mi nombre, me llama a mí"

2) Saber a qué me llama: debo conocer mi vocación, mi misión en la Iglesia. Tengo que conocer en qué consiste el carisma trinitario-redentor de Juan de Mata (hoy tenéis abundante material a disposición, empezando por el Proyecto de Vida del Laicado Trinitario).

3) Tu llamada es *personal*, pero para realizar una misión *comunitaria*, en fraternidad con otros cristianos convocados por el Espíritu como tú. Como laico trinitario tienes una vocación *asociada*, eres miembro de una fraternidad local.

4) Más aún: Tu vocación la *compartes* con otros cristianos que ejercen la misión trinitaria redentora en la Iglesia como tú, pero ellos lo hacen como religiosos, religiosas de vida contemplativa y activa, o como miembros de un Instituto secular, porque han recibido esa llamada. Todos ellos y vosotros, laicos trinitarios, constituís una *especial familia* dentro de la Iglesia, con particulares vínculos de comunión y de misión en la corresponsabilidad.

5) No basta conocer todo esto. El objetivo es *vivir* esta identidad que vas descubriendo, encarnarla en tu vida. Eres laico trinitario en la medida en *que vives tu identidad*.

6) Permite que te desglose esta identidad:

a) Eres, en primer lugar, un bautizado, un *cristiano*.

b) Dando un paso más, concretando, eres un cristiano *laico*; éste es otro dato de tu identidad en la Iglesia.

c) Pero hay muchas formas de ser un laico en la Iglesia; tú eres un laico *trinitario*, tu misión es actuar el Proyecto trinitario redentor de Juan de Mata en el s.XXI, conforme a las líneas fundamentales del Proyecto de Vida del Laicado Trinitario.

d) Mas esa identidad *general* del laico trinitario tú la vives en un grupo concreto de Córdoba, Madrid, Roma, Paris, Montreal, Washington, Valencia, Ponce, Isabela, Buenos Aires, etc... Por eso a esa identidad general tu grupo le debe dar concreción con unos Estatutos, sencillos y breves, en los que se especifiquen los objetivos y misión de la fraternidad, su nombre, su organización, es decir su identidad *concreta*. Cuidando siempre que la *organización* (estructura) no devore el carisma, sino que le sirva.

e) Una vez que cada grupo dé este paso, se descubrirá que muchos grupos (fraternidades) locales comparten objetivos, tienen misión afín, organización similar, aunque cada grupo realice esa misión en un contexto concreto y particular. Lo lógico entonces es que diversas fraternidades se unan en una *asociación* común, con una organización más general. De este modo en un país pueden surgir diversas asociaciones laicales trinitarias, suscitadas con creatividad por el Espíritu Santo al servicio del proyecto trinitario redentor en la Iglesia del s.XXI. Puede haber, y es deseable que así sea, también asociaciones laicales trinitarias internacionales, de adultos y de jóvenes, con su organización propia. Dejemos actuar al Espíritu. Y empecemos por escucharle. Y por secundarle.

Ahora bien, en el Encuentro de familia trinitaria de noviembre último en Madrid se pedía que durante este año 2003 se fuera haciendo este camino, *desde los propios grupos*, bien acompañados por los asistentes religiosos. Se piensa que esta tarea no debe demorar más. Esto mismo se juzgó conveniente en un Encuentro del Secretariado General para la Familia celebrado en Roma (3-5 de enero). Puede ser la *tarea* del año. Ayudará a dar profundidad a nuestros compromisos en la Iglesia. Y una ulterior configuración.

Otra cosa: Desde hace algún tiempo, sobre todo, los grupos laicales reclaman mayor autonomía. Es buen síntoma. Es síntoma de adultez, de madurez y responsabilidad. Esta autonomía la está solicitando el laicado hoy en la Iglesia entera. La responsabilidad descansa sobre la libertad y la autonomía.

Bueno será que los asistentes religiosos- y los religiosos/as en general- vayamos tomando nota de esta exigencia y la *alentemos* activamente por nuestra parte. Que la autonomía, sin embargo, no signifique *abandono* de nuestra parte. Debemos seguir *acompañándoles*, pero fomentando su responsabilidad, su creatividad y sus iniciativas. Ojalá surjan buenos *líderes* en nuestro laicado. Y siempre en clima de familia, comunión y de corresponsabilidad en la misión compartida.

HAY QUE SEGUIR EL CAMINO

Por temperamento y formación me gusta primar la vida, los contenidos, sobre las estructuras jurídicas. Pero hay estructuras que sostienen y alimentan a los contenidos. Evitan que la vida se desparrame y se pierda. Aseguran su estabilidad y continuidad. Hay que valorar debidamente estas estructuras.

Llevamos ya muchos años hablando de Laicado trinitario en este posconcilio. Muchos de nuestros *grupos* han hecho ya un buen recorrido. Se ha aprobado, incluso, *El Proyecto de Vida del Laicado Trinitario*, tras un largo y diligente proceso. En él se señalan los contenidos esenciales que han de configurar la imagen de toda asociación laical trinitaria. Él ha de ser *“punto de referencia para todos los grupos laicales que participan de la misma misión y tienen a Juan de Mata como Padre o Patriarca”*(P. General).

Este Proyecto *está abierto a las diversas maneras y formas de vivir la dimensión secular del carisma trinitario, en las diversas ramas e instituciones de la familia*. En él se ofrecen los *rasgos característicos del carisma trinitario participado por los laicos*, así como *las líneas esenciales de formación y de organización como medios para poner en práctica nuestro compromiso como laicos*. En él, en fin, se define la identidad del laico trinitario, abierta a una pluralidad de formas. Y, en los capítulos I y II se indican los fundamentos doctrinales y espirituales sobre los que ha de levantarse toda asociación trinitaria. Eso sí, con suprema flexibilidad en sus formas.

Todo esto, que es mucho, está logrado. Ahora hay que continuar el camino. En Majadahonda se dijo que el laicado trinitario *“necesariamente tendrá que ser plural, según el grado de su pertenencia a la familia trinitaria y en la medida de su compromiso en ella, y diversificado, de acuerdo con las exigencias y circunstancias de lugar y tiempo”*.

El *Proyecto de Vida* afirma que *“el laicado trinitario se expresa en diferentes asociaciones* y cita algunas presentes en nuestra tradición. Con ello se indica que *Laicado trinitario* es una expresión genérica que se concreta en la vida a través de *asociaciones trinitarias laicales* varias. Hasta hoy se viene hablando entre nosotros de *grupos* (de Madrid, S. José de Valderas, Salamanca, Algorta, Aluche, Córdoba, etc.). El Derecho Canónico sólo conoce el término *asociación* (de fieles) y exige, para su reconocimiento en la Iglesia como asociación pública, que tenga unos estatutos mínimos, debidamente aprobados por la autoridad competente (en este caso un superior mayor) en los que se determine la identidad *concreta* de cada asociación: nombre, objetivos, actividad particular, organización interna básica, etc.. El *Proyecto de Vida* del laicado trinitario establece la identidad fundamental y genérica. Ahora cada asociación debe definir su *concreción*, atendiendo a su entorno particular, a los desafíos que llegan...

Para iniciar la reflexión podríamos empezar preguntándonos *¿qué tipo de asociación queremos que sea lo que llamamos grupo?* *¿Queremos -por ejemplo, hablando de España- que formen una sola asociación los diferentes grupos de la Provincia Norte?* *¿Queríamos que formaran una sola asociación todos los grupos de las dos Provincias de España?* *¿O más de una?* *¿Cómo se organizarían en asociación los diferentes grupos que van surgiendo en torno a las monjas y religiosas trinitarias?* *¿Una asociación por cada Instituto?* Estas preguntas, válidas para todos los países, sólo intentan abrir una

reflexión para ir madurando nuevos avances durante el curso 2002-2003. No insinúan preferencia alguna por una u otra respuesta.

Vuelvo a repetir: lo que importa es la vida, las obras... Pero un mínimo de estructuras da garantía y estabilidad a la vida; sin ellas los *grupos* pueden ser fruto de un fervor momentáneo que acaba desvaneciéndose. Además la Iglesia sólo reconoce asociaciones, como queda dicho.

Os deseo a todos un curso rico en progresos. Un recuerdo especial, con mi oración para los enfermos y mayores.

EN TORNO A LA REUNIÓN DE MAYO (ESPAÑA)

Hoy voy a hablaros sobre esa reunión del 10 de mayo próximo que, recogiendo el sentir general de la última Asamblea Familiar, ha sido convocada de manera especial para los/las presidentes de los grupos trinitarios y para los asistentes de los mismos, pero que está abierta a todos los laicos y demás miembros de la familia interesados.

Estamos todos convencidos de que el laicado trinitario, junto con todo el laicado eclesial, debe continuar su camino de madurez y de compromiso al servicio del Reino de Dios. Gracias a Dios se ha recorrido un tramo importante: tenemos bastantes grupos locales, animados de buen espíritu y, posiblemente, con desigual conciencia de su identidad laical trinitaria y de sus compromisos. Tenemos, igualmente, un *Proyecto de Vida del Laicado Trinitario*, que expresa la *identidad general* del laicado trinitario dentro de la Iglesia.

Si hubiera en la familia trinitaria un laicado monocolor que, por ejemplo, se llamara *Fraternidad laical trinitaria*, todo sería sencillo: los grupos locales serían expresión local de esa *única fraternidad laical*. Pero no es éste nuestro caso. En el n° 38 del *Proyecto de Vida* se lee que *el laicado trinitario se expresa en diferentes asociaciones, que gozan de una legítima autonomía*(39) y tienen su propia identidad.

Surge entonces espontánea la pregunta en los grupos: ¿Y qué es una asociación? ¿Cuándo y cómo se constituye una asociación? Cuándo y por qué surge, no una asociación, sino tres? ¿Este grupo al que pertenezco, a que asociación pertenece o qué asociación es? etc. Como veis, son preguntas que están en los grupos. Es bueno que los grupos vayan encontrando respuestas para que se vayan definiendo en su *concreción*, dentro del *cuadro general del Proyecto de Vida*, y que los *criterios* en los que se basan sus respuestas sean *comunes* y compartidos.

Por otra parte esto es importante también para articular y definir ese otro organismo (Consejo Internacional del laicado Trinitario) al que alude también el *Proyecto de Vida*, y que debe estar al servicio de las asociaciones y de los grupos, complementando, fomentando la comunión, la comunicación y la colaboración de las asociaciones, en pleno respeto con la identidad y autonomía de éstas. Un organismo que ha de ser representativo respecto a las asociaciones y tener las competencias que éstas le confieran para el mejor funcionamiento común.

Como es obvio, con todo esto no se pretende ahogar la *vida*, el espíritu, sino impulsarlo, ofreciéndole cauce y *lecho*. La vida como la sangre necesita arterias, venas para su recorrido, si no se desparrama y pierde.

Concluyendo, lo que se busca en la reunión del 10 de mayo es :

1 -Saber cómo ven los grupos todo esto. Ellos tienen un camino recorrido y una experiencia. Su opinión, vehiculada por el/la presidente, debemos conocerla, porque interesa.

2 -Clarificar algunas ideas fundamentales al respecto.

3 -Concretar criterios básicos *comunes*, para orientar el camino de cada grupo.

4 -Todo ello lo abordaremos, no en forma de conferencia, sino de modo más familiar, en *Mesa Redonda*, guiados por un experto jurídico, el P. Javier Carnerero, conocido y valorado por todos. El ofrecerá las aclaraciones y explicaciones que estime necesarias.

Junto a él, a más de los presidentes de los grupos, estarán los asistentes que, desde su experiencia y saber, llevarán interesantes aportaciones para iluminar el próximo recorrido del aicado.

Debemos hacer todos un esfuerzo para estar presentes. Lo merece nuestro Laicado. Contamos con todos.

LA FAMILIA TRINITARIA

Acabamos de celebrar en Pozuelo de Alarcón (Madrid) el Encuentro Nacional de familia trinitaria del dos mil. Ha habido buena participación y, en general, buen clima familiar. Se va haciendo camino.

Pero estamos aún en camino, un camino que se anuncia largo. Me parece percibir que el concepto *familia* no ha prendido todavía con fuerza en amplios sectores de la familia trinitaria, en muchos de sus miembros. No por mala voluntad, claro, sino, en parte, por una insuficiente visión teológico eclesial del presente.

Porque la *familia trinitaria* no es fruto de un *voluntarismo*, sino una realidad objetiva que se nos ha dado como don. No es que a base de esfuerzos queramos constituirnos en familia; lo somos *por nacimiento*. Se nos pide que vivamos y desarrollemos *lo que somos*.

Ya somos *familia*" como Iglesia, como *Iglesia de la Trinidad*, nacida del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo, llamada a prolongar en la historia, a su modo, el Misterio del Dios trinitario, a ser reflejo en el mundo del *Dios Familia*. En la Iglesia, como en el Misterio trinitario, hay una pluralidad de carismas, de ministerios, de dones. Mas, como en el Dios trinitario, hay simultáneamente unidad y comunión en la pluralidad. Es *una* la naturaleza de la Iglesia, *una* su misión. Pero esta unidad no atenta a la distinción de carismas y ministerios, sino que la demanda. Los carismas son complementarios, no van por libre, los unos se relacionan con los otros y convergen en la unidad de la Iglesia de Jesús, animada por el mismo Espíritu y proyectada a la realización del plan del Padre, el

Reino de Dios. Por eso en la Iglesia es necesario el diálogo, y la colaboración y comunión son esenciales: es *Iglesia Familia*.

Pues bien, en esta *IGLESIA FAMILIA* (vamos a escribir con mayúsculas) el Espíritu, Alma de la Iglesia, suscita sin cesar familias más *celulares*. Entre estas familias está la *familia trinitaria*. Nace por voluntad del Espíritu y como don suyo a la Iglesia para el cumplimiento de su misión. Nuestra familia, la trinitaria, nació en el siglo XII, como sabéis, ya en sus postrimerías. El instrumento del que se valió el Espíritu Santo para hacerla surgir fue Juan de Mata, profesor en París. En torno suyo nació la primera fraternidad de religiosos trinitarios y seguidamente las comunidades de laicos, religiosas, monjas... Todos surgen con una *experiencia* evangélica peculiar, con una misión específica –con una vocación– dentro de la misión de la Iglesia. La Iglesia reconoció oficialmente su presencia y la bendijo.

Luego a lo largo de los siglos, en el *humus* de esta *experiencia* trinitaria redentora, que parte de Juan de Mata, han brotado otras *Congregaciones trinitarias* que, aun teniendo sus propios fundadores, todas se reconocen en esta *experiencia trinitaria redentora* común que arranca de Juan de Mata, a quien, por ello, todos consideramos como padre, o como patriarca en el caso de las Congregaciones que tienen sus propios fundadores/as o padres/madres.

Además de tener, pues, lazos de familia con todos los grupos y miembros de la Iglesia, los trinitarios/as (laicos, monjas, religiosas, religiosos) nos sentimos y nos sabemos relacionados de modo especial entre nosotros, de suerte que cada grupo de la familia trinitaria tiene conciencia clara (debe tenerla) de que vive y realiza su vocación en comunión y colaboración especial con los demás grupos de la familia en la Iglesia. Esta vinculación específica es *condición de su realización*, porque afecta al *ser mismo* de su identidad. No nos podemos realizar de espaldas a este hecho.

Esta verdad ha de impulsarnos a todos a promover entre nosotros, en primer lugar, el *sentido* de familia y el *espíritu* de familia, en el respeto pleno de lo que cada grupo tiene de original y propio, como riqueza familiar inestimable. Hemos de ir todos conjugando más y mejor la unidad en la pluralidad. En esa dirección va el camino.

Un saludo y un abrazo a todos.

5 ESPIRITUALIDAD DEL LAICADO TRINITARIO

UNA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

En éste y en los próximos números de vuestra Hoja Informativa deseo hablaros, mis queridos laicos trinitarios, de la espiritualidad trinitaria laical. Lo haré, como intento hacerlo siempre en esta Hoja, con la sencillez que me sea posible.

Y empiezo explicando lo que entendemos por *espiritualidad*. Obviamente, estamos hablando de espiritualidad *cristiana*. No siempre, a lo largo de la historia, ha significado lo mismo la expresión *espiritualidad cristiana*. Ha habido épocas en que, por influjo de corrientes extracristianas y, en ocasiones, anticristianas (de origen platónico, maniqueo, etc.) el término *espiritualidad* no expresaba lo que hoy, desde una antropología bíblica, entendemos por él.

Podemos definir a la espiritualidad cristiana como *la forma que tiene el bautizado de vivir su vida cristiana en la Iglesia*, es decir, su vida en Cristo y en el Espíritu, animada fundamentalmente por la fe, la esperanza y la caridad. Según esto, la espiritualidad no se refiere sólo a un aspecto o dimensión de nuestra vida, por ejemplo, a las prácticas de piedad, oración, etc., sino que engloba la vida entera del cristiano, en sus relaciones con Dios, con los demás, consigo mismo. La espiritualidad abarca toda la *vida* del cristiano, su ser y su hacer, la acción y la contemplación. Es una vida vivida desde la fe, la esperanza y el amor; podemos, por ello, decir que la *espiritualidad cristiana* es la forma como el bautizado vive y realiza su vocación humano-bautismal, filial y fraternalmente en la Comunidad de la Iglesia.

Como veis, la palabra *espiritualidad* hace referencia al Espíritu. Hay espiritualidad donde hay *vida en el Espíritu*. Por eso todo cristiano está llamado a desplegar una espiritualidad, a *dejarse llevar por el Espíritu*, a *vivir según el Espíritu*. La espiritualidad no es privilegio de un grupo escogido en la Iglesia, sino que concierne esencialmente a todo bautizado.

Evidentemente, la espiritualidad cristiana es *una*, porque es uno el Misterio de Dios manifestado en Cristo y uno también el Espíritu por el que el bautizado vive ese Misterio. Sin embargo, todos habéis oído hablar de espiritualidad trinitaria, franciscana, jesuítica, etc.. Se trata, naturalmente, de la *única* espiritualidad cristiana vivida en forma plural. ¿En qué sentido?. Nadie, ni individualmente ni como grupo, puede expresar toda la riqueza insondable de la espiritualidad cristiana, del *Misterio de Cristo*. Al tratar de encarnarlo lo limitamos necesariamente. Por eso el Espíritu Santo capacita con sus dones y carismas a diversos grupos eclesiales (también a individuos) para que resalten y visibilicen más en su vida cristiana *algunos aspectos* del Misterio de Cristo. En virtud de esa gracia especial, o mejor, de esa *vocación carismática* del grupo, algunos cristianos *sintetizan* de modo peculiar los elementos de la espiritualidad cristiana, comunes a todos, y subrayan particularmente algunos perfiles de la vida de Jesús y de su evangelio. Evidentemente, son síntesis vivenciales cristianas limitadas, que reclaman la existencia de otras espiritualidades *complementarias* que, a su vez, explicitarán otros aspectos del *Misterio de Cristo*.

En este sentido la espiritualidad cristiana es *una y múltiple* a la vez y podemos hablar de *espiritualidades cristianas* en plural.

Se suelen distinguir tres grandes *tipos* de espiritualidad cristiana en la Iglesia: la espiritualidad laical, la espiritualidad religiosa y la espiritualidad sacerdotal. Cada una de ellas expresa y matiza perfiles diferentes de la vida de Jesús al servicio del Reino. Hay luego otras espiritualidades que podríamos denominar espiritualidad *cruzada* en cuanto que, siempre por voluntad de Dios, en ellas participan miembros de los varios *grandes tipos* mencionados: religiosos, seglares, sacerdotes. Por una *peculiar experiencia del Espíritu* diversos bautizados son llamados a vivir en la Iglesia un *carisma común*, una espiritualidad fundamentalmente común, pero cada uno desde su circunstancia particular: unos como seglares, otros como religiosos y sacerdotes y otros como sacerdotes (no religiosos).

A este tipo pertenece la *espiritualidad trinitaria*. Por lo que acabamos de decir también ella se nos revela como *una y multiforme*. Yo, en los próximos números, me limitaré a hablaros de la espiritualidad trinitaria *laical*. Por hoy basta.

UNA ESPIRITUALIDAD LAICAL

Este es el primer hecho que quiero destacar: Vosotros sois laicos, seculares. Todos los cristianos tenemos unos puntos de referencia comunes, a saber, *Jesucristo*, fuente, camino y modelo; la *Iglesia*, la Comunidad en la que nacemos y nos desarrollamos como cristianos (no hay cristianos *por libre*); el *Espíritu* que nos configura cristianos, y el *mundo*, al que todo cristiano es enviado para transformarlo en Reino de Dios. Todo bautizado comparte esta cuádruple referencia.

Por eso, en cierto sentido, cabe decir que existe una sola *vocación* en la Iglesia, que se vive en forma plural: como laicos, como diáconos-sacerdotes-obispos (ministerio ordenado) y como religiosos. Ninguna de estas formas vocacionales es superior a otra en dignidad y todas son complementarias entre sí. El compromiso radical de todas ellas es el *seguimiento de Cristo* y las bienaventuranzas constituyen su programa común.

En efecto, el dato básico del cristianismo es que todos los bautizados constituyen el Pueblo de Dios, la Comunidad cristiana, en la que todos son corresponsables, con idéntica responsabilidad en la vida y misión de la Iglesia, aunque los ministerios, las funciones y los carismas sean diferentes. No hay en la Iglesia miembros pasivos o meramente *oyentes*.

Y digo que en este Pueblo de Dios vosotros sois los *laicos*, vuestra primera característica es la *laicidad*. ¿Qué significa esto? Evidentemente, como cristianos os identificáis, como todos los bautizados, por los cuatro puntos de referencia apuntados (Cristo, Iglesia, Espíritu y mundo), pero esas cuatro referencias las encarnáis y actuáis según vuestra peculiar vocación secular en la Iglesia, desde vuestra *secularidad*. Debo explicarme: Toda la Iglesia es *secular*, ha sido enviada *al mundo y está en el mundo (siglo)*, pero no todos los miembros de la Iglesia están del mismo modo en el mundo, es decir con idéntica misión e igual carisma. Ahora bien, el laico o secular cristiano vive, por su carisma, insertado en las estructuras familiares, sociales, económicas, políticas, culturales..., al igual que los no cristianos, y ahí, en ese medio, ejerce su vocación cristiana, su participación en el proyecto del Reino de Dios, que es tarea de toda la Iglesia. A través de los laicos la Iglesia vive de modo particular y privilegiado su *condición secular*, que le es esencial.

El *mundo*, pues, las tareas temporales, son el *lugar* propio de los laicos. Se ha escrito que los laicos son expertos en *mundanidad*. Por medio de ellos la Iglesia se hace presente en todas las estructuras temporales, materiales, *mundanas*, para sanearlas desde dentro, viviéndolas desde la fe, la esperanza y el amor cristiano.

Está claro, por tanto, dónde ha de desarrollar el laico su *espiritualidad* principalmente. Ha habido tiempos en que los seculares creían que, para tener acceso a la espiritualidad y a la santidad, tenían que imitar a los religiosos y *abandonar el mundo*. La espiritualidad se concebía como una relación íntima del alma con Dios *al margen de las tareas temporales*, como si interesarse por los problemas temporales implicara *descentrarse* de Dios. Grave error.

No es que los tiempos de oración no sean necesarios a todo bautizado, no es que los espacios de soledad y de silencio no sean imprescindibles para *escuchar* en profundidad la Palabra que orienta y nutre. Todo cristiano debe ser experto en escalar esas cimas

para *otear* horizontes y oxigenar la vida. Pero eso no puede significar para el laico abandonar su propia y habitual trinchera vocacional, la de las tareas *mundanas*. Es en el contexto familiar, laboral-profesional, económico, político, cultural... donde el laico ha de encarnar su vocación y desarrollar su espiritualidad, prolongando su sacerdocio *existencial* de Cristo. El laico ha de aprender a encontrar a Dios *en y desde* las realidades humanas y mundanas, un encuentro que culmina en alabanza, acción de gracias y compromiso misionero. El laico cristiano tiene su modo propio de llevar Dios a los hombres y de *despertar* a los hombres ante Dios.

Esta conciencia y esta actitud son básicas en todo laico trinitario. Y basta por hoy, mis queridos laicos. Seguiremos.

UNA ESPIRITUALIDAD DE LAICOS “ASOCIADOS”

Vosotros sois laicos seglares, os decía en mi anterior apunte. Hoy añado: *sois laicos asociados*.

Los laicos participan en la vida de la Iglesia de diversas formas. Un laico puede vivir su vocación cristiana en la Iglesia, bien en forma *personal*, bien en forma *asociada*, formando parte de una comunidad o fraternidad en la Iglesia. Dios llama, eso sí, *"a cada uno por su nombre propio e inconfundible. El llamamiento del Señor, id también vosotros a mi viña, se dirige a cada uno personalmente"* (Christ.L). *Es absolutamente necesario que cada fiel laico tenga siempre una viva conciencia de ser miembro de la Iglesia, a quien se le ha confiado una tarea original, insustituible e indelegable, que debe llevar a cabo para el bien de todos*.

Consecuencia: Todo laico cristiano está llamado al apostolado *personal*. Para algunos es éste el único posible. Esta clase de apostolado, al que están llamados todos los laicos sin excepción, es de suma importancia, pues gracias a él el evangelio puede incidir en los ambientes más variados e irradiar luz en ellos. Pero existe también otra forma de participación de los laicos en la vida de la Iglesia: la forma *asociada* o comunitaria. En ella la comunión eclesial, ya presente en la participación personal, se hace más visible, *"encuentra una manifestación específica"* (29). Las dos formas de participación, personal y asociada, se han dado permanentemente en la Iglesia. Sin embargo *en los tiempos modernos* el fenómeno de la asociación ha cobrado un singular impulso: asociaciones, grupos, comunidades, movimientos. Podemos hablar, dice el papa, de una nueva época asociativa de los fieles laicos: *"Tanta es la riqueza y variedad de los recursos que el Espíritu alimenta en el tejido eclesial, y tanta es la capacidad de iniciativa y la generosidad de nuestro laicado"* (Ibid., 29).

El nacimiento de las asociaciones es, pues, ante todo gracia del Espíritu. Las asociaciones se presentan muy diferenciadas unas de otras, pero con una amplia convergencia en la finalidad: La participación responsable *"en la misión que tiene la Iglesia de llevar a todos el evangelio de Cristo como manantial de esperanza para el hombre y de renovación para la sociedad"* (29).

Las asociaciones responden a diversas exigencias humanas y eclesiales: A la naturaleza social de la persona, a un *servicio* cristiano más incisivo y eficaz en la sociedad al conjugar energías, etc.. En ocasiones, sobre todo en nuestro mundo secularizado, las asociaciones pueden representar para muchos *"una preciosa ayuda para llevar una vida*

crisiana coherente con las exigencias del evangelio y para comprometerse en una acción misionera y apostólica" (29)

La llamada a una asociación es, por tanto, una gracia del Señor para un bautizado: le ofrece oportunidades y posibilidades de las que no podría disfrutar, de ordinario, con un compromiso meramente *persona*". Es, sobre todo, una vocación. Este es el caso de los laicos trinitarios convocados para desarrollar su bautismo como miembros de la fraternidad trinitaria laical con una misión propia en la Iglesia. Hasta el próximo apunte.

UNA ESPIRITUALIDAD TRINITARIA

Desde hace unos meses estoy comprometido en hilvanar unos conceptos someros sobre vuestra espiritualidad, queridos laicos trinitarios. Tras haberos dicho que sois *laicos* en la Iglesia y lo que ello implicaba en vuestra espiritualidad, os recordaba en el pasado número de marzo que sois laicos *asociados*. Hoy quiero dar un paso ulterior afirmando que sois laicos asociados *trinitarios*. Efecto, hay en la iglesia muchas *asociaciones* de laicos. Vosotros constituís una de ellas, muy definida: la *comunidad o fraternidad laical trinitaria* que, como tal, tiene una espiritualidad propia. Y al afirmar esto no pretendo que vuestra espiritualidad contenga valores o elementos cristianos ausentes en otras espiritualidades cristianas, sino que vosotros, en cuanto laicos y trinitarios, a impulsos del Espíritu y bajo su inspiración gratuita, *contempláis y experimentáis* el misterio de Dios, de la Iglesia y del hombre, desde una *perspectiva* concreta; que el Espíritu os hace leer el evangelio desde una clave especial y os *configura* con Cristo acentuando con preferencia ciertos rasgos suyos. De este modo os llama Dios a practicar el doble mandamiento del amor, común a todos, de un modo peculiar, que explicaremos en su lugar. Vuestra espiritualidad laical trinitaria se presenta así con una unidad definida, no sólo conceptual o teológica, sino vital y experiencial, con una armonía interior, una jerarquía de valores y con estilo propio. ¿Cuándo nace vuestra espiritualidad en la Iglesia? Sucedió en esos años en que el siglo XII pasaba el *testigo* al XIII. En su génesis tuvo un rol único S. Juan de Mata, fundador. A él el Espíritu Santo lo asumió para mediación humana e instrumento suyo para regalar a su Iglesia el don del carisma y de la espiritualidad trinitarios. Con Juan de Mata colaboraron otros miembros de la Iglesia: Inocencio III, papa, los obispos de París, etc. La tradición señala a Félix de Valois como principal colaborador entre los hermanos de la fraternidad. Fue un proceso lento: el carisma y la espiritualidad trinitaria fueron cuajando como ideal y como *experiencia* lenta y progresivamente, bajo la acción del Espíritu y la respuesta libre y responsable de unos hombres y mujeres.

Todo comenzó con la elección de un *hombre* de parte de Dios: Juan de Mata, profesor en París y recién ordenado sacerdote. A él el Espíritu Santo le había ido preparando durante años, mientras realizaba un largo camino de conversión a Cristo y a su evangelio, para asumir la misión de *fundador y padre* del nuevo *Proyecto* en la Iglesia. Toda esta primera fase de preparación- ésta continuará- culmina en una *inspiración-visión*, el día 28 de enero de 1193, fiesta de Sta. Inés *segundo*, mientras el teólogo Juan de Mata celebra su primera misa. Los contenidos de esta *visión* los conocéis todos a través del popular mosaico.

Va a nacer una nueva forma de vivir el evangelio de Jesús, de seguir a Jesucristo, un nuevo camino de santidad.

Esta nueva vocación, que aparece encarnada en religiosos, religiosas y laicos, ofrece algunas características *constituyentes*, esenciales, que la definen como vocación peculiar en la Iglesia. Estas características esenciales, que se nos muestran en la *experiencia laical trinitaria* original (fundacional) y el espíritu que las anima, son elemento *permanente* en la experiencia de todo laicado trinitario en la historia posterior. Pero ¡atención!, he dicho *características esenciales*. Hay otros elementos en esa *experiencia original* que son *condicionamientos históricos*, de los que es preciso liberarse para hacer *revivir* hoy aquella experiencia laical trinitaria. Entre estos elementos *históricos* están también la eclesiología, la teología, la cultura de la época, etc.

Vosotros habéis de vivir vuestra vocación trinitaria laical en la Iglesia y sociedad de hoy, dentro de la cultura de hoy en toda su variedad, con sus retos e interrogantes. No se trata, pues, de copiar estructuras de pasado (cofradías, etc.), sino de *revivir* dinámica y creativamente en el presente los valores permanentes de la *experiencia fundacional*".

Un cordial saludo a todos.

EL SACERDOCIO DE LOS LAICOS

La teología del Vaticano II ha subrayado con vigor la dimensión sacerdotal del laico en la Iglesia. El laico participa realmente y de un modo fundamental del sacerdocio de Cristo, en virtud del bautismo. Todos los cristianos son sacerdotes con este sacerdocio que, por ello, se llama *común*. No se trata del sacerdocio ministerial que algunos cristianos reciben por el sacramento del Orden para un especial servicio a la comunidad, pero, también en el caso de los laicos, estamos ante un sacerdocio real, más aún, estamos ante un sacerdocio fundamental y básico. La teología ha llamado a este sacerdocio, primero y fundamental, de los laicos, *sacerdocio existencial*. En virtud de él la existencia entera del cristiano, vivida desde la fe, se trueca en *culto* espiritual. De aquí brota la *misión* específica de los laicos en la Iglesia: la de *consagrar el mundo a Dios*. Voy a intentar explicar hoy brevemente a nuestros queridos laicos trinitarios lo que esta expresión significa.

Vivimos una cultura secular. La palabra *secular* tiene varias acepciones, pero lo que aquí queremos decir con ella es que el mundo, las cosas, la política, la economía, etc., en sí mismos *son profanos*, seculares por su propia naturaleza. Ahora bien, el cristiano está llamado a *consagrar todo a Dios*, ¿cómo?. A veces lo hemos intentado levantando monumentos religiosos, emanando leyes y decretos en un clima de -nacional catolicismo. No es ése el camino. La familia, el matrimonio, la política, la economía, ciencia, etc., son realidades seculares, tareas profanas en sí, y seguirán siéndolo siempre. ¿Cómo *consagrarlas a Dios*? *Viviéndolas* en una perspectiva nueva, original, cristiana, desde la fe. Ya Dioneto decía a los paganos en la primitiva Iglesia: Nosotros los cristianos vivimos, como vosotros, en medio del mundo, ocupados en las mismas tareas; lo que nos diferencia es la manera de acercarnos a esas tareas y de *experimentarlas*. A todas nuestras actividades nuestra fe les da un sentido nuevo, trascendente; nosotros las *vivimos* en un contexto diverso de servicio al Reino y de amor a Dios y al prójimo.

Esta es la verdadera consagración del mundo. Todo el mundo es profano, pero todo debe ser *vivido cristianamente*. Son decisivos las claves y los valores con que se viven las realidades del mundo. De nada sirve que la familia sea *consagrada a la Stma. Trinidad*, si la experiencia familiar no cambia, si no surgen compromisos nuevos y

coherencias cristianas, trinitarias, en la familia. Consagramos el mundo o la familia a la Stma. Trinidad en la medida en que, por el testimonio de los cristianos, van surgiendo en ellos conductas nuevas, más justas y más fraternas, y, por medio de ellas, se va difundiendo una experiencia cristiana, trinitaria de libertad, de reconciliación, de comunión en los corazones, y se hace también más visible en la sociedad el trueque de estructuras, de inhumanas en solidarias y humanizantes.

Este es el *sacerdocio existencial* propio de los laicos cristianos. Ellos son levadura en la masa mundana, secular, para que la sociedad fermente cristianamente en sus relaciones humanas y ecológicas.

Este sacerdocio existencial tiene su complemento y plenitud en el sacerdocio *cultural* de toda la Comunidad cristiana, donde las referencias a Dios y al hermano se explicitan en la oración y los sacramentos. Este *remate* cultural es esencial al sacerdocio existencial de los laicos, pero se debe recordar que el *culto espiritual*, sacramental, eucarístico se colma de sentido y anuncio profético en nuestra sociedad cuando corona el compromiso

por el hermano en la vida y es, a la vez, rampa de lanzamiento para ulteriores empeños fraternos.

El laico cristiano traiciona a su misión de *consagrar el mundo*, cuando su fe se desentiende de la vida, cuando el *culto* se aleja del compromiso fraterno.

LOS LAICOS, PROFETAS EN LA IGLESIA

Uno de los grandes aciertos del Vaticano II fue el poner de relieve la dimensión profética de todo el Pueblo de Dios como consecuencia de la presencia viva y permanente del Espíritu Santo en la Iglesia. Todas las vocaciones de la Iglesia son, pues, esencial y constitutivamente proféticas.

Esto significa que todo bautizado es llamado por Dios y enviado al mundo con un mensaje, el mensaje del Reino. He aquí una *misión* que hoy quiero recordar a los laicos trinitarios, una misión indeclinable so pena de no ser fiel a la propia vocación.

Pero este profetismo es *don* del Espíritu, sobreabundancia del Espíritu. Los profetas surgen sólo donde hay personas *llenas de Espíritu Santo*. No busquéis profetismo allí donde la Iglesia, una comunidad cristiana dada, un grupo en cuestión, padece penuria *espiritual*. Podréis encontrar activismo, griterío alienante, hasta una organización excelente, pero, si no hay rica experiencia de Espíritu, no hallaréis profetas. Los profetas nacen de la experiencia de Pentecostés y se nutren permanentemente de ella.

El profeta, porque está lleno de Espíritu, tiene ojo avizor para descubrir la presencia de Dios en los acontecimientos de la vida, en los avatares de la historia, y leer su mensaje de vida y libertad. El profeta emprende el vuelo de su fidelidad desplegando sincrónicamente las alas del anuncio y de la denuncia. Habla desde la vida, antes aún que desde la palabra, y está, por encargo de Dios, al lado del hombre, de su dignidad, de su libertad; sanando sus relaciones con los demás desde una creciente hermandad y con Dios desde una ascendente filiación. El profeta es *luz, sal, levadura* en la masa.

El ámbito propio y específico donde los laicos ejercen su función profética es aquel en el que se desarrolla mayormente su actividad: en las estructuras del mundo, en las actividades que constituyen el tejido de su existencia, desde la familia hasta la política, pasando por todas las profesiones. Ahí, actuando desde dentro como levadura, están los laicos llamados a anunciar la buena noticia del Reino y actuar el proyecto de Dios sobre el hombre y el cosmos entero.

Evidentemente, son inmensos hoy los campos en los que el profetismo del laicado trinitario se revela urgente: el hombre vejado en su dignidad y oprimido en sus derechos, obstaculizado en la plenitud de su realización; la imagen del Dios de Jesús, el Dios trinitario, ensombrecida por esa vegetación de ídolos de muerte a los que hoy tributan los humanos su culto (dinero, poder, consumismo, hedonismo); la fe de tantos creyentes amenazada de muerte por una ola de materialismo sofocante que tiende a extinguir todo espíritu, la abierta persecución, en ocasiones, de cuantos defienden los valores del evangelio, etc..

Qué importante y qué apremiante se hace en un mundo así la presencia de unos laicos trinitarios, llenos de Espíritu y por ello libres de todo fundamentalismo que anuncien la dignidad de todo hombre y testimonien y proclamen al Dios trinitario como fundamento de la libertad del hombre y meta suprema de sus aspiraciones más hondas.

¡Qué el Señor envíe a su Iglesia comunidades trinitarias laicas verdaderamente proféticas!

PARTÍCIPES DE LA CONDICIÓN REGIA DE CRISTO

Hoy voy a hablaros, queridos laicos trinitarios, de vuestra condición *regia*, eso sí, dentro de lo que me permite la angostura de estas líneas. El cristiano, lo sabéis, es también partícipe de la realeza de Cristo. La idea del Reino de Dios, presente ya en el Antiguo Testamento, recibió una corrección fundamental con Jesús en el Nuevo Testamento. La visión de Jesús sobre el Reino no coincide con la esperanza mesiánica, político-nacional, generalizada entre los judíos.

Para Jesús el Reino de Dios es el *Proyecto de Dios Padre de alumbrar una humanidad nueva con hombres nuevos*. Jesús mismo es la actuación personal de ese proyecto. Él encarna el *Hombre nuevo* e instauro el Reino. Él, con sus actitudes, disponibilidad y compromisos, es el Hombre del Reino. Ya tenemos, pues, el Reino entre nosotros.

Jesús ha dejado claro que su Reino no es homologable a los demás reinos que nos son familiares en la historia. Su Reino es don del Padre, un plan que trasciende el marco del tiempo y del espacio, pero que germina y tiene su despliegue aquí abajo, en el mundo, para encontrar su consumación en las costas de la eternidad, en el Hogar del Padre. Con la Encarnación de Cristo, que tiene su plenitud en la Pascua, el Reino de Dios estrenó su curso en el mundo. Jesús, en su persona, en su vida, es el "ya" del Reino en la historia. Y ¿Qué pasa con la Iglesia, con el cristiano?

Comunidad cristiana que nace de la Pascua bajo la acción del Espíritu del Resucitado, lleva ya en su seno la *novedad* inaugurada por Jesucristo, tiene conciencia de su condición *regia*, de ser "*linaje escogido, sacerdocio real y nación santa*" (I Pe 2, 9). En

el bautismo, en efecto, el Espíritu de Jesús ha depositado en el seno de la Iglesia y de cada uno de sus miembros la *semilla* del Reino inaugurado por Jesús. Pero la Iglesia no se identifica con el Reino de Dios. En ella hay aún *reino* y *anti-reino*, luz y sombras, santidad y pecado. La Iglesia es Reino de Dios sólo en un *estadio germinal* y camina hacia la plenitud del Reino recorriendo ese largo trecho entre el *ya* del Reino en germen y el *todavía no* de la culminación del Reino.

Ya lo veis, la condición *regia* de la Iglesia y de cada cristiano en ella es, a la vez, disfrute y compromiso, don y tarea, realidad y vocación. El Reino de Dios es su misión. La Iglesia es testigo, mediación, instrumento del Reino, tribuna para anunciarlo. Es su tarea suprema el Reino. Este Reino debe crecer, en primer lugar, en su interior, impregnando de sus valores y actitudes todo el tejido eclesial.

Pero debe desarrollarse también en toda la sociedad humana, en la pluralidad de sus culturas. Toda la humanidad está convocada a convertirse en *humanidad nueva con hombres nuevos*. Este es el proyecto de Dios revelado en Jesús y actuado en Él.

No es un programa realizable con las solas fuerzas humanas. Vosotros conocéis los mitos de Prometeo y Sísifo; la actitud del primero desemboca irremediabilmente en el fracaso y desencanto del segundo. Este proyecto no es del hombre sino de *Dios con el hombre*. Por eso es viable, más aún, constituye la vocación del hombre y la misión de la Iglesia. Y reparad que digo *Iglesia*. Todos sus miembros estamos embarcados en esta nave. Y vosotros, los laicos trinitarios, tenéis vuestra propia parcela a cultivar en esta misión general.

Dos son las condiciones exigidas para el alumbramiento de la *nueva* humanidad: la primera es librar el corazón del hombre de la opresión de los ídolos de muerte que lo esclavizan, sanar el interior del hombre donde germinan sus *maldades*. Sin hombres *nuevos* no hay humanidad nueva. La segunda condición es transformar las *estructuras injustas* de la sociedad. El pecado del hombre es doble, el que se genera en su corazón -pecado personal- y el que, saltando del corazón, se agazapa en leyes y estructuras inhumanas y opresoras. Es el pecado *social*. Es menester actuar sobre los dos contemporáneamente, porque se alimentan y sustentan entre sí: El aire social malsano y contaminado enferma al ser humano y el hombre infectado contagia el ambiente, segrega ponzoña, injusticia y violencia. Nacen así las estructuras injustas.

La nueva creación apremia a todos los seguidores de Jesús ante la perspectiva ya del S.XXI. Están particularmente convocados los laicos cristianos y entre ellos los *trinitarios*, para que, dentro de la justa autonomía de las realidades temporales y en el respeto del pluralismo cultural, ideológico y religioso, trabajen por impregnar la nueva sociedad del espíritu y de los valores del Reino de Dios. Con la mirada en Jesús, el Hombre nuevo, y con el corazón abierto al Espíritu, Forjador del Reino de la Trinidad.

CONCLUSIÓN: MIRANDO AL FUTURO

UN GRAN CAMBIO ESTÁ EN MARCHA

No cabe trasplantar el pasado. El futuro hay que crearlo desde el presente, liberando al *espíritu* permanente de toda caducidad histórica. Ha nacido *otra* Iglesia, que es la misma de siempre, pero enviada a evangelizar la sociedad del s.XXI, que ha estrenado

otro contexto cultural-espiritual. Y los evangelizadores somos *los cristianos* de hoy, todos los bautizados, no sólo los curas o los religiosos. La Iglesia entera es *enviada*. Los laicos son en ella gran mayoría y deben asumir su responsabilidad, exigirla como *derecho-deber*.

En este mundo del laicado estáis los laicos *asociados* como una fuerza especial, con una llamada singular, como una *gracia particular* para la Iglesia. Movimientos, asociaciones de seglares que encarnan un espíritu, que desarrollan su fe y su bautismo al servicio de un *Proyecto* eclesial. El vuestro, de *laicos trinitarios*, es el *proyecto trinitario-redentor* de Juan de Mata. Vosotros sois cristianos-laicos-trinitarios de manera indisoluble. Vuestra manera de ser *cristianos* es la de ser laicos trinitarios, por especial gracia del Espíritu.

Sabéis que otros cristianos son trinitarios como religiosos, religiosas de vida activa, contemplativa o activa, o como clérigos. Todos intentan vivir el mismo carisma trinitario redentor de Juan de Mata de forma diferente, original, según su llamada peculiar, en su estado. Pero todos son igualmente trinitarios, se remiten a S. Juan de Mata en variedad de formas. No hay, entre todos estos grupos, trinitarios de primera, de segunda o tercera clase.

Todos son simplemente *trinitarios*. Por eso están todos esencialmente emparentados, integran una *familia* en la Iglesia, sin confusión, eso sí, de identidades. Ésa es la riqueza de la familia trinitaria en la Iglesia al servicio del Reino de Dios.

El carisma trinitario ofrece innumerables posibilidades en la Iglesia merced a la riqueza y variedad de vocaciones en la Familia. Cada una de estas vocaciones, cada grupo da especial hondura al carisma, una vivencia o modulación específica. Cada grupo, religioso o laico, otorga un nuevo espacio al servicio carismático trinitario, una variedad a la *experiencia trinitaria redentora* en la Iglesia. Vosotros, los laicos, en concreto vivís vuestra vocación preferentemente en el ámbito de las *realidades temporales*, de los compromisos temporales, en formas también múltiples (familia, profesiones laborales, cultura, economía, política, servicios sociales,...). Todos animados por el mismo *espíritu trinitario*, presidido por la caridad redentora.

Dicho esto hay que agregar que hay muchos *signos* hoy que reclaman nuevos pasos de cara al futuro. Se nos pide a los grupos trinitarios que vayamos desarrollando en la Iglesia la conciencia de ser una única *Comunidad en misión*, sin confusión, claro está, de identidades y en el respeto a la variedad y diversidad de cada grupo en la Familia. Todos comprometidos, en variados frentes, con el *Proyecto trinitario redentor* común.

Ello nos pide a todos -religiosos/as y seglares- una nueva *formación*, más abierta y familiar. Con creatividad hemos de ir despojándonos de rutinas e inercias históricas, atentos a los signos de tiempos, con una fidelidad dinámica. Esta nueva formación la necesitamos todos, los religiosos y los laicos. Vosotros, los laicos, precisáis también romper moldes viejos del *ser trinitario* para estar presentes en la Iglesia del futuro de otra manera. Esta *conciencia* es urgente. Conoced y desarrollad vuestra identidad y proponedla en vuestros ambientes laicos con la ayuda de los hermanos religiosos/as, explicando a otros seglares las posibilidades y ventajas de la vocación laical *asociada* para vivir y desarrollar el bautismo.

La conciencia de ser una *comunidad única en misión* nos exigirá obviamente, no sólo *ejecutar* proyectos en común, como respuestas a los nuevos desafíos que nos interpelan, sino concebirlos y elaborarlos en común y comunión, con creatividad y audacia. El camino se hará andando *dejándonos guiar por el Espíritu*. Y será el camino trinitario a la santidad, siendo signos y testigos del Dios trinitario –Amor que libera –en nuestro diario compromiso de ayudar al hombre a ser libre y a vivir con la dignidad de su vocación. Nuestra divisa, hoy como ayer: “*Gloria a Dios Trinidad, liberando al hombre de su cautiverio y opresión*”